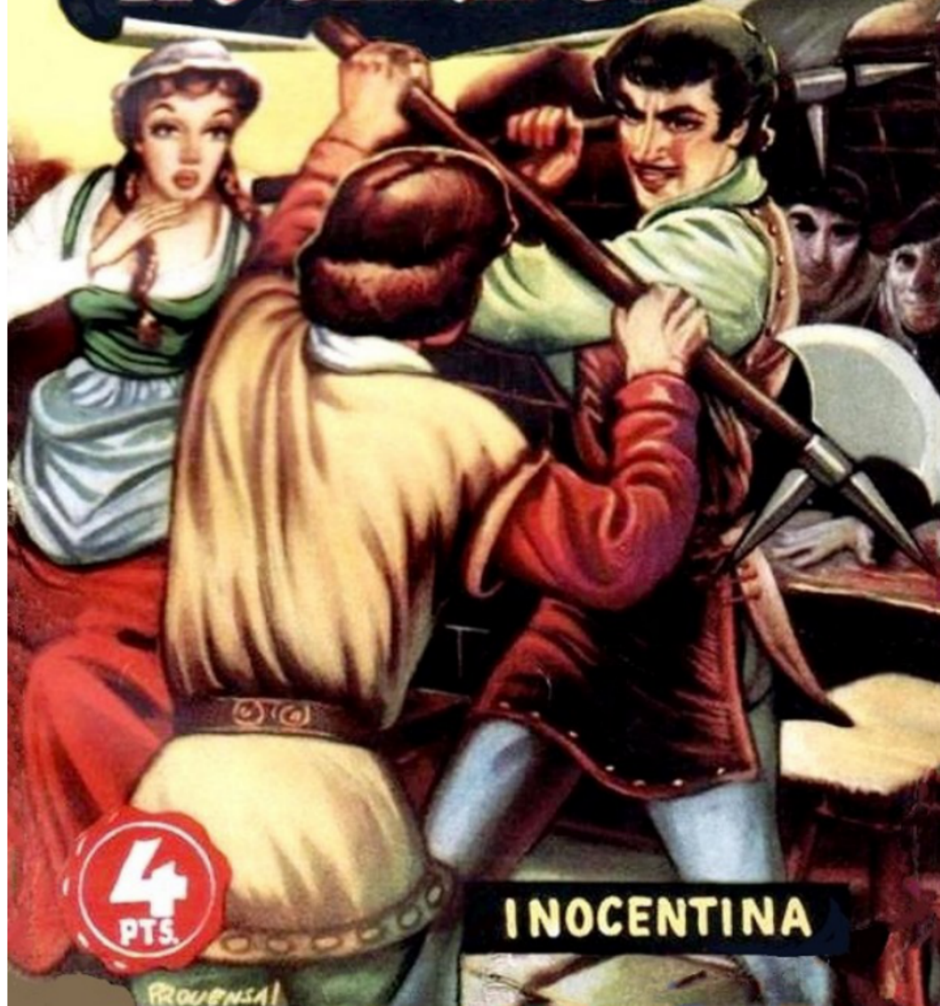

ARNALDO VISCONTI
El Galante Aventurero
4 PTS.
INOCENTINA
PROVENSAL


ARNALDO VISCONTI
El Galante Aventurero

1ª Edición - Octubre 1949

Impreso en
GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA



Capítulo Primero

FILTROS DE AMOR

Pocas veces se encrespaba el intensó azul del mar que bañaba la costa sur de Sicilia, pero cuando sus aguas agitábanse impulsadas por los elementos, sus convulsiones eran estremecedoras.

Fué en una de estas tempestades cuando las olas depositaron en la playa a Inocentina.

La recogieron sobre la arena que entre rocas formaba lecho a los pies del castillo de Sabbia.

Parecía sobrenatural y milagroso que el frágil cuerpo no se hubiera destrozado, porque aquella costa sur de la isla siciliana estaba dentada como boca de tiburón, y las lenguas de arena blanda eran escasas y muy distanciadas entre sí.

La niña estaba atada a un madero y envuelta como un fardo con muchas ropas de confección extranjera. Los pescadores que la recogieron la creyeron muerta, y la llevaron al que en la aldea de Sabbia oficiaba de curandero.

Debía tener unos cuatro o cinco años. Era linda, morena… Cuando recuperó los sentidos, sacudió la cabeza para demostrar que no entendía una sola palabra de italiano, y balbució un dialecto oriental, casi ininteligible.

Un pescador que había navegado por el Egeo creyó reconocer algunas palabras griegas en las vacilantes frases de la niña náufraga.

Aquella niña, al parecer, era la única superviviente de un navío que debió hundirse durante el gran huracán. Pero nadie sabía informar de aquella nave.

Algunos pescadores de sardinas dijeron haberla avistado haciendo velas hacia Porto Venere. Un viejo y pesado casco con ojos pintados a cada costado de la proa, particularidad de algunos barcos griegos.

Lo extraño fué que tan sólo la niña resultara arrojada por el mar... Al pasar de los años, y no aparecer nadie para reclamarla ni recordar ella nada de su origen, viaje ni familia, ni naufragio, le quedó el nombre de Inocentina, que así llamaban en Sicilia a los niños sin padre.

Inocentina gustaba mucho de cantar:

“Mi padre es el cielo estrellado,
y la ola, la madre que me ha criado.”

Fué creciendo arisca, huraña; imponiendo un extraño respeto a cuantos la trataban.

No buscaba amistades y rehuía los seres humanos, prefiriendo convivir con perros, cabras y asnos, a los que voluntariamente se ofrecía a conducir por entre los olivos.

Y empezó a cundir el rumor de que Tina, que así abreviaron el apodo de la huérfana del mar, era una bruja que fabricaba filtros.

Su ocupación ostensible, además de llevar a pastar cabras y asnos, consistía en remendar redes, recoger aceitunas y, sobre todo, pulimentar conchas, esculpiéndolas en formas raras.

Pero los campesinos y pescadores sicilianos creían firmemente en el mal de ojo, en la magia y en los brebajes de amor y muerte.

Decían que Inocentina no componía filtros para inspirar amor a ella, ni para que ella lo experimentara, porque era fría y pura como la nieve de las cumbres del Etna.

Algunos enamorados descontentos le tiraban piedras a su paso, sin propósito de herirla por temor a represalias de los infernales genios protectores de la joven.

Los niños, chapoteando en el mar y construyendo torreones de barro en la arena, al verla venir extendían el índice y el pulgar abiertos, gritando a todo pulmón:

—¡Inocentina, bruja, bruja, Inocentina!

Ella pasaba, limitándose a sonreír, con sonrisa burlona, distante... Vivía sola, acompañada de varios perros abandonados, en una choza construida por ella misma, con juncos secos y leños, el todo entrelazado por lianas y sogas.

Las gaviotas y los palomos torcaces iban allá a picotear migas de pan, y del interior de la choza salía el balido tranquilo de la cabra, sustento de Inocentina.

La choza se erguía en el pequeño hemiciclo de arena, entre dos altos peñascos dentados, allí mismo donde doce años antes fué recogida después de la tormenta.

Por aquel crepúsculo, en que el castillo de Sabbia proyectaba sus sombras sobre la pequeña concha de arena, Tina estaba sentada en la playa, mojando sus pies en el agua. Había colocado una guirnalda de rosas silvestres en sus negros cabellos.

Cerca de ella se encontraba una de las muchachas más bonitas de la aldea de Sabbia: Lena, la hija de Tulio, el herrero.

La muchacha ostentaba un rostro pálido y aterrorizado bajo su gran pañuelo de vivos colores.

Inocentina, indolentemente, se inclinó y recogió un poco de agua salada en el hueco de la mano.

—Toma—le dijo a Lena,—. Llena tu frasco con esto, que, gracias al contacto de mi piel, tiene poderes especiales. Dáselo a beber a tu deseado Tomasino.

“El amor es salado como el agua de mar.
Bebo, y muero de sed... Quiero beber más...
Y cuanto más bebo, más sedienta quedo.
¡Amor! Amargo eres como el alga del mar."

Lena apresuróse a aplicar la ancha boca del frasco que traía, contra la mano de la hechicera.

Levantóse y arrojó al suelo su pago: un queso y dos manzanas. Sin despedirse ni mirar a la que componía filtros con el solo contacto de su piel, lanzóse a correr a toda prisa hacia la aldea.

Inocentina, mordiendo con placer la manzana que acababa de pulimentar contra su falda, miraba éxtasiada el mar, espectáculo que siempre le parecía nuevo y nunca la hartaba.

Una nueva sombra se añadió a la del castillo. Larga y más densa. Una sombra más cercana, que, a espaldas de la huérfana, murmuró:

—¿Puedo sentarme a tu lado, Tina?

—Podéis, ¿por qué no?—contestó ella, sin volverse—. ¿No sois el gentil y poderoso caballero Giancarlo della Sabbia, heredero del castillo y de la aldea?

El recién llegado, joven de gallarda apariencia, sentóse tímidamente en la arena, al lado de Inocentina.

—Siempre te burlas de mí, Tina—dijo, con tenue reproche.

—En evitación de que vos os burléis de mí, señor.

—¿Por qué...?

—Yo soy una mísera ignorante, que, por no saber nada, ni siquiera sé dónde nací ni quién soy. Vos sois un señor noble...

Como si, además de escuchar anhelante, el joven siguiera el curso de sus pensamientos, la interrumpió, para decir:

—Mi madre quiere que te deje tranquila. Estas son sus palabras. Dice que tu temperamento es impropio de tus años. Que eres sardónica, calmosa y fría. Y lo eres... impropiamente, siendo doncella de tus encantos, que tienen apariencia de candidez.

—¿Por qué desobedecéis a vuestra madre?

—Me has dado un filtro, Tina.

—¿Yo?—Y lanzó ella una carcajada, alegremente divertida.

—Ya sé que tus filtros no son más que agua de mar, otra burla más con la que juegas con los pescadores y aldeanos. Una burla peligrosa. ¿No sabes que pueden un día lapidarte cruelmente a pedradas, como lo hicieron con la vieja Martina?

—No lo harán. Me temen y respetan. A nadie hago daño, y si mis filtros no dan amor a quien no lo sienta, purifican, en cambio, la sangre, que nada hay mejor que el agua de mar para limpiar de malos humores.

—A veces me das miedo, Tina.

—¿Miedo a vos, señor, que sois el más valiente espadachín de la comarca?

—Hay en ti una intensa sabiduría. Como si estuvieras desengañada o desilusionada, y no has conocido el amor, porque con ningún hombre has querido relación. ¿Eres incapaz de amar, Tina? ¿Qué esperas en tu existencia?

Inocentina miró con seriedad a Giancarlo della Sabbia.

—Sabré amar, y mucho, al hombre que viniendo por el mar sepa con sus frases despertar mi corazón, que duerme..., duerme y llora. ¿Qué os creíais, señor della Sabbia? ¿Que por reír siempre, y parecer alejada de todo sentimiento, en mi solitario y a voluntad aislamiento, no tengo alma y corazón?

—Déjame despertarte...

Levantó ella la cabeza mirando los altos torreones del castillo della Sabbia.

—Estáis muy lejos de mí, señor.

—Sentado a tu lado, Tina.

—¿Sí?—Y rió ella, burlona—. Ved... cuán poco os dura la proximidad imposible.



—¡Déjame despertarte!

Levantóse el muchacho con un gesto de impaciencia y enojo. Por el sendero que entre rocas descendía del castillo entraban en la blanda concha de arenas una amazona y un jinete.

El jinete mantenía respetuosamente su caballo a unos tres metros tras la amazona.

Era ésta una mujer de blancos cabellos abundosos y lisos. Alta, opulenta de formas, vestía de rojo terciopelo.

Su rostro de morena tez tenía dureza, y altiva era su postura, sentada de lado en brioso corcel, cuyas riendas mantenía fuertemente.

Al acercarse más la amazona, Giancarlo descubrióse, y saludó:

—Buenas tardes, madre.

Lutezia della Sabbia miraba tan sólo a la huérfana, que lentamente se puso en pie, como obedeciendo al imperativo conjuro de los negros ojos dominantes de la siciliana.

Era un contraste chocante la femenina y acariciante voz de la amazona.

—Creo, Giancarlo, que te rogué dejaras tranquila a esta inocente maliciosa. Y a ti, Inocentina, a la que por vez primera hablo, te hago saber que si tolero y consiento que vivas casi en mi castillo, debes procurar no ejercer ninguna de tus malas artes en mi hijo, porque lo pagarías muy caro...

—Madre...—murmuró, enrojeciendo, Giancarlo.

Inocentina sonreía. Sonreía para sí... o al espacio. Con una extraña y ultraterrena sonrisa que debieron esbozar los labios de las doncellas de la Acrópolis de Atenas.

Una sonrisa lejana, amable... y un poco inhumana. Sólo veíase su rostro burlón, su cuerpo inmóvil...

Pero, tras la espalda, sus manos temblaban, juntas y vibrátiles.

Lutezia hizo un gesto, y el maestre de armas Cosme Biondelo, jefe de las fuerzas del castillo, al galope fué a buscar el caballo del joven, atado más allá.

Regresó con él. Subió Giancarlo della Sabbia, y los tres, sin una sola palabra, volvieron grupas, emprendiendo el camino de ascenso hacia el castillo.

Inocentina seguía sonriendo, fija en la arena, como estatua juvenil y deliciosa.

De pronto, cuando ya no eran visibles los tres caballos, corrió hacia su choza. Y las melancólicas miradas de sus animales compañeros se hicieron más tristes aun, porque eran los solos seres vivientes que presenciaban la honda aflicción de la que, de bruces en su lecho de flores, hierbas y hojas, lloraba en silencio hasta quedar rendida...

Y también eran los únicos oídos que conservaban sin temor a indiscreciones las confidencias de la huérfana.

Un gran perro lanudo, el favorito, que, como los demás, permanecía siempre encerrado en la choza, acercóse, y su cabeza pugnó suavemente por colocarse bajo el brazo de la llorosa.

Inocentina abrazó el cuello del perro, y su voz, bañada en llanto

que la hacía entrecortada, fué diciendo:

—La señora me odia y el hijo me ama, pero no con amor puro, sino por capricho de gran señor poderoso. Me odian todos y me llaman bruja. Vosotros sabéis que no lo soy... Y sabéis que aquí espero, porque aquí me depositaron las olas del mar.

Hipó infantilmente, ocultando el rostro en el cuello del perro, que orgullosamente miraba a los otros, que, sentados y en semicírculo, conservábanse expectantes.

—Él vendrá... Será un audaz navegante, de dulce voz para mí, y de recio gesto para los demás, Vendrá... porque yo no puedo estar siempre sin amor...

La cabra, mantenida inmóvil entre cuatro estacas en cuadro, baló con profunda sonoridad...

Inocentina rió, disipándose sus lágrimas... Miró los seis perros y la cabra, y fué riendo.

Los perros menearon el rabo, chispeantes ya los ojos, y ella, en pie, los fué acariciando por turno.

—Vendrá... Y entonces, para mí, habrán cesado las penas. ¡Vendrá!

Capítulo II

AL IMPULSO DE LAS OLAS

Si un hombre de mar avezado a descifrar de una sola ojeada la exacta disposición del aparejo de un velero, hubiera examinado minuciosamente la disposición de las lonas en el velero de blanca estructura que avanzaba caprichosamente por el mar, habríase hecho cruces ante el insólito espectáculo que presentaba aquella nave cuya proa remataba en la esculpida figura de un amorcillo cabalgando un dardo.

El viento soplaba del Norte, y las velas altas permanecían enrolladas, mientras que las del trinquete aparecían abiertas.

Una de las asideras del timón estaba atada, manteniéndolo inmóvil. Los palos mayor y mesana estaban desguarnecidos, sin que ninguna de sus lonas recogiera el favorable viento.

Podía decirse que aquel velero avanzaba impulsado por las largas y calmosas olas, casi a la deriva, yendo hacia el Sur, porque dábase el azar de que el viento procediera del Norte.

Pero por aquellas latitudes no había barco en vista ni marinero al acecho. Y el "Dardo" avanzaba picando de proa con un solo hombre en su cubierta.

Un hombre que, en vez de ocupar debidamente su puesto en la torreta de cofa, y avizorar el horizonte, limitábase de vez en cuando a echar un vistazo a los cuatro puntos cardinales, para inmediatamente volver a su ocupación.

Ocupación que consistía en cebar a un loro que mantenía sobre sus rodillas.

Echado de espaldas contra un rollo de cuerdas, Bruyant Lartiguers alimentaba a "Coclicó" dándole pedazos de tomate y migajones de pan empapado en vino.

Cesó de nutrirlo cuando el pajarraco, batiendo las alas para manifestar su satisfacción, remontóse y vino a colocarse sobre el hombro derecho del bandolero gascón.

—¡Tripita contenta, hogar feliz! —exclamó Bruyant.

Y "Coclicó", aprendida su nueva lección de italiano, graznó en adecuada respuesta, meneando la testa:

—¡Qué gran verdad! Pero ¡qué gran verdad!

De la escotilla de cala surgieron tres hombres: eran "Frambuesa", el de las manchas de vino, "Respingón", de nariz

arremangada, y “Vinagre”, el jovial sujeto de rictus amargo.

Vinieron a rodear extasiados a su “patrón”. Y celebraban con grandes risotadas el repetido y nada nuevo juego del diálogo.

—¡Señora!...—invitaba Bruyant.

—¡Señora, aquí estamos dos valientes!—graznaba “Coclicó”.

—¡Vino...!

—¡Vino para un valiente!

—¡Caramba...!

—¡Caramba, qué opípara cuchipanda!

De la camareta de popa salió Luys Gallardo, terciado al hombro su laúd de plata.

Acercóse, mirando divertido el grupo de los cuatro bandoleros gascones con el animal de vivísimo plumaje multicolor.

—Hola, jefe—sonrió Bruyant—. Ya “Coclicó” está restablecido de su ayuno en la Isla de las Sirenas. ¿Verdad, feliz?

—Tripita contenta, hogar feliz—aseguró el loro, moviendo las alas y rodando sus coléricos ojuelos.

—¿Verdad?—repitió Bruyant.

—¡Qué gran verdad! Pero ¡qué gran verdad!

Disipadas las risas. Luys Gallardo oteó el horizonte. Después, humorísticamente, contempló la cubierta.

—Sobra barco o falta gente, compinches. Y no pregunto por mi escudero, porque estará roncando beatíficamente. Estima que madrugar es propio de gentes de conciencia intranquila.

Miró a Bruyant.

—No quisiera parecer exigente, Bruyant, pero ¿a quién de vosotros le tocaba estar de vigía?

—A mi, jefe—replicó el gascón, levantándose—. Pero allá arriba —y señaló la torreta—pasa un vientecillo loco que marea. Se mueve mucho aquel armatoste. ¡Sube allá arriba, Ulises!—exclamó, dirigiéndose a “Vinagre”—. Y cuando veas algo raro, berrea fuerte.

Partió el aludido, y poco después, encaramándose ágilmente por cordajes y vergas, instalábase en el barrilete de observación.

Luys Gallardo acariciábase la barbilla.

—Tú eres el experto navegante, “Frambuesa". ¿A dónde vamos?

—Os obedecí, jefe. Me dijisteis que al impulso de las olas, sin rumbo ni puerto, que ya cuando apareciese tierra surgiría la aventura. Y como el capitán Volpi me enseñó que cuando no hay puerto marcado ni nave a la vista, hay que dejarse llevar por Eolo...

—¿Quién es ese tipo?...—preguntó, interesado, Bruyant.

—Llaman Eolo al viento, patrón—dijo "Frambuesa”.

—Ganas de embarullar las cosas. Yo creo, jefe, que ahora que

estamos bien comidos y bien dormidos, podrían trabajar estos dos, ¿no? A mí el trabajo me encanta; nunca me cansaría de ver trabajar a los demás. ¿Habéis oído, compinches? Echad cubos al mar, y no os olvidéis de amarrarlos. Sacad agua y venga limpiar la cubierta, que así es como se demuestra que somos marinos de los coquetones.

Fuéronse los otros dos gascones. Luys Gallardo dirigióse hacia la proa.

Tendióse en hamaca colocada en el castillete, y, atravesado el laúd sobre el pecho, pellizcó las cuerdas...

Bruyant, entre dientes, canturreaba la canción que a plena voz lanzaba el trovador.

El velero, cabeceando airosamente, avanzaba.

—¡Tierra!—gritó, estentóreo, "Vinagre", desde lo alto.

Sobresaltado, Bruyant gruñó:

—¿Será becerro este animal? Se desgañita como si el hecho de que hubiera tierra en el mar fuera algo extraordinario.

"Vinagre" apuntaba con el índice hacia una franja obscura que a ras de agua sobresalía en la lejana línea del horizonte.

Una franja que no podían ver los que en cubierta estaban.

"Frambuesa" acercóse al timón, soltando el cubo. Desató la cuerda y manejó las asideras.

El viento hizo latiguear las velas del trinquete, al cambiar el rumbo y ser vencido por una brisa de Oeste.

—¡Carguen mesana!—bramó "Frambuesa", muy impuesto en su papel de navegante—. ¡Avisa a Bembo, que eche una mano!

Luys Gallardo seguía pulsando su laúd. Bruyant, comentó:

—No tengo ni idea de lo que pasa, pero "Frambuesa" la goza mucho, y, aunque tranquilo está el mar, parece como si se dispusiera a combatir una gran tormenta, que sólo la ve él.

—Cambió el viento, y sopla de Oeste. Tienen que tensar las velas de mesana y descargar el trinquete. También los foques del mayor tendrán que acuartelarlos...

—No te canses, jefe. Por mí da igual. No entiendo ni jota. Y esto es lo bonito. Así, si naufragamos, me daré cuenta mucho más tarde que el que sabe de estas complicaciones. ¿Qué tierra crees será aquella que ha visto "Vinagre", pero que sigo sin ver?

—Por lo que llevamos navegando al impulso de las olas y hacia el Sur, supongo que se tratará de la isla siciliana.

El viento Oeste iba adquiriendo mayor fuerza, y, en el timón, "Frambuesa" maniobraba con bastante exactitud para tratar de alcanzar la línea terrestre, que se divisaba aún muy lejana.

Y cada uno, abrazado a uno de los tres palos, "Vinagre",

“Respingón” y Bembo, obedecían a las ordenes qué ahora daba Luys Gallardo.

Anochecía ya, cuando el velero daba vista a una cala protegida que ofrecía amparo en medio de una costa dentada y llena de escollos.

A unas cinco leguas al Oeste, erguíase muy visible el castillo della Sabbia, desparramada como falda en su rededor y base la aldea del mismo nombre.

Tendieron pasarela desde el anclado velero hasta los peñascos, y añadieron otras dos, para dejar ancho paso.

Bembo surgió de un sollado, conduciendo de la brida a dos caballos. Suspiró al asir una de las bridas Luys Gallardo.

—¿Te acompaño, mi amo?

—Esta noche, no. Vamos de exploración, y , si no hay nada de interés, levaremos anclas.

Bruyant enjaulaba a su animal charlatán, que cabeceaba soñoliento. La noche era clara, estrellada...

Reinaba por doquier el silencio. Antes de abandonar la cubierta, avisó el trovador:

—Un hombre siempre vigilante en aquel peñasco. Y largad velas si asoma alguna nave. No os dejéis sorprender..., porque si os dejaran sin barco, pero con vida, ésta os la quitaría yo, compinches.

—Descuidad, jefe... Vigilaremos. Sabemos ya cuándo hay que ponerse serios—dijo, sentenciosamente, “Frambuesa”.

Llevando de las riendas a sus monturas, partieron el trovador y Bruyant.

Al pisar la arena guijarrosa, ensillaron, y, picando espuelas, partieron hacia el lugar donde diminutas luces y negras columnas de humo hablaban de hogares.

CAPÍTULO III

LA PRINCESITA LOCA

En la costa sur siciliana, pobre de cultivos, yerma de riquezas, existía, más acentuada que en ningún otro paraje, una independencia de tradiciones y costumbres.

El culto a la fuerza era una religión acendrada entre los pescadores, que a duras penas lograban alimentar a los suyos con la escasa cosecha plateada, y entre los campesinos, que muy trabajosamente arrancaban de pedruscos y terrones las hortalizas con las que sobrevivir.

Y tal vez porque eran pobres y vivían alejados de ambiciones extranjeras, establecían ciertos ritos con los que tener ocasión de entretener sus momentos de ocio.

Uno de ellos era reunirse en el gran caserón que, a modo de taberna, abría sus puertas desde las seis de la tarde hasta la medianoche.

Una taberna cuyos dueños variaban, siendo elegídos por la fuerza de sus brazos. Eran los encargados de imponer orden si se suscitaban querellas.

Ostentaban, como emblemas, una pluma roja, el juez y árbitro de “los de tierra” y azul, el forzudo “de mar”.

Las mujeres de la aldea della Sabbia, primitivas y no envenenadas por corriente alguna de presunta cultura, admiraban a los que usufructuaban dichas plumas.

Tomasino, el hércules forjador, llevaba la pluma roja desde hacía dos meses. La había conseguido rompiendo la espina dorsal del antiguo propietario, después de una lucha feroz y despiadada.

Lionelo, el pescador, marrullero, ágil y nudoso, lucía en su gorro de lana la pluma azul. La poseía desde hacía cuatro meses.

No era frecuente la presencia de señores forasteros, pero sí la de juglares, frailes mendicantes y aventureros vagabundos, que solían permanecer escasas horas en aquel brutal y mísero ambiente.

Tomasino se aproximó a la mesa en que acababan de sentarse dos hombres. Miró el laúd de plata y la rica espada enjoyada que uno de ellos llevaba.

—Bienvenidos, forasteros—saludó, serio el semblante—. ¿Os esperan en el castillo?

—Todavía no—replicó, risueño, Luys Gallardo. —No saben que hemos llegado, pero, a no dudar, cuando se enteren nos enviarán cortejo de enhorabuena.

—Ah... ¿Son, acaso, sus mercedes curadores ?

—Depende de qué.

—Es que la princesita está enferma, y dicen que son esperados grandes curadores que de Florencia vendrán.

—¿Qué le sucede a la princesita?

—Lucinda della Sabbia huyó una vez del castillo... Pero ya lo sabrán sus mercedes. ¿Qué desean tomar?

—El mejor vino que tengáis. Hércules.

Tomasino contrajo sus poderosos bíceps, halagado. Marchóse.

—La princesita enferma... Bello romance, don Luys. ¿No te atrae? ¿Mal de amores? ¿Desamor? Me parece que convendría que nos llegásemos al castillo. Yo haré juegos de manos...

—Tregua a las picardías, Bruyant.

—Tregua. Las pensaré tan sólo.

Tomasino depositó un frasco y dos copas.

—Es el vino que bebe el príncipe Giancarlo della Sabbia.

—¿Esposo de Lucinda?

—Hermano.

—Puestos todos a preguntar—intervino Bruyant,—me gustaría saber por qué de todos los hombres que aquí hay, sólo dos y uno sois vos, llevan pluma en el gorro.

Tomasino hinchó el pecho.

—Somos los dos más fuertes de la aldea. Yo, de los de tierra. Lionelo, del mar. No hay nadie que pueda luchar con nosotros.

—¿Y qué premio se gana?

—Ninguno.

—No me interesa, entonces,

Tomasino miró al esbelto gascón. Sonrió.

—¿Su merced piensa seriamente que pudiera obtener esta pluma?

—Ésta y la otra. Pero no me interesan.

Rió, homéricamente, el forjador.

—La gente forastera tiene buen humor—dijo, marchándose.

Se acercó a Lionelo, y, tocándole en el hombro, le señaló a los dos recién llegados.

—El de los ojos tan claros que no tienen color, dice que si se lo propusiera nos arrebataría la pluma.

—¿Sí? Vamos a verlo...

—Aguarda. Creo que son los curadores que esperan en el castillo, y no nos conviene ahora... Después, cuando se vayan, entonces... les enseñaremos que no vienen de grandes ciudades para burlarse de nosotros. ¡Peste! Otra vez ella...

En el umbral, una mujer hermosísima permanecía quieta, mirando a Tomasino. Era Lena, la hija de Tulio el herrero.

Tomasino avanzó apresuradamente.

—No debes venir aquí. Has vuelto a escaparte. No eres la princesita, y se lo diré a tu padre. ¡Fuera de aquí!

—Viene Inocentina, y yo sé que tú la quieres...

—¡Calla, Lena!—dijo, sonrojándose, el hércules.

—Puedes, si quieres..., beber hidromiel y sentada verás como Inocentina... y yo nada tenemos de común. Ella es una hechicera... y la echaré de aquí.

—¡No la toques, Tomasino!—exclamó ella, asustada.

—¿Por qué?

—Su piel emana filtro de amor... Morirías embrujado...

El forjador rió brutalmente.

—Necedades de mujeres. Siéntate aquí, y cuando compruebes que nada tenemos de común Inocentina y yo, te marcharás.

Bruyant Lartiguers bebió un sorbo. A la vez guiñó a la que sentábase dos mesas más allá.

Lena, enrojeciendo, bajó el rostro.

—Una pudorosa y suculenta doncella acaba de iluminar mis ojos, don Luys. ¿Te molestará que vaya a hacerle compañía?

—Pronto es para buscar reyertas, Bruyant.

Inocentina apareció, y a su llegada cesaron todos los rumores de conversaciones. Miraban hacia ella con aprensión y temor, pero también con masculino deseo...

Avanzó ella, dirigiéndose rectamente a la mesa ocupada por Luys Gallardo y Bruyant.

La interceptó el paso Tomasino.

—Vete fuera, Inocentina. No te queremos aquí.

—Vi un blanco velero... Y por el mar vendrá el hombre que ha de dar vida a mi corazón...

—Vete... o te echaré.

Levantóse Luys Gallardo.

—Ceded paso, compadre Hércules. Los deseos de toda dama son órdenes para los hombres.

—¿Una, dama Inocentina?—rió Tomasino—. En fin, puesto que sois forastero, os diré quién es ella: una bruja, una huérfana...

—Cierra el pico, grandullón—sonrió Gallardo—. Estoy viendo tu pluma peligrar. Aparta y vete lejos.

Tómasino cerró los puños. Bruyant se acomodó mejor, satisfecho. Pero se esfumó su esperanza.

Rabioso se alejó Tomasino, para decirle a Lionelo:

—Son los curadores que esperan en el castillo... Después..., tú y yo, los deslomaremos.

Inocentina miró con su extraña y remota sonrisa a Luys Gallardo.

—Me llamo Inocentina, y dice Tomasino que sois los curadores que en el castillo esperan. Lo he oído. Y no podréis curar a la princesita, porque su mal no es de los que remedian los bálsamos. Nadie puede curar el mal de abandono y desamor.

—Yo, sí—dijo Bruyant.

Inocentina le miró con fijeza.

—Tú eres un juglar atrevido, y tu compañero, un caballero.

—¡Caramba! Voy a creer que, en efecto, eres una linda hechicera. ¿Cómo adivinaste que mi amigo era un caballero?

—Porque defiende a la mujer sin pedir recompensa. ¿Puedo sentarme, caballero?

—Luys me llamo, y, como tú, huérfano soy.

Sentóse ella. Los demás fueron reanudando sus conversaciones.

Inocentina empezó a hablar, con entonación mística:

—Lucinda della Sabbia vivía sin amor. Y en una doliente balada se canta su historia de amor.

—Mi laúd recoge en sus cuerdas las baladas. Cuéntame, Inocentina, lo que le sucedió a Lucinda.

Suavemente, con el inspirado tono de una recitadora, a usanza de los narradores de entonces, Inocentina empezó el relato.

—Bajo las piedras de la derrumbada muralla que la tormenta derribó en el castillo della Sabbia, en la cueva fétida donde ululaba la lechuza y gorgoteaban los sapos y reptaban las culebras, Lucinda fue al encuentro de la vieja Martina, la hechicera, cuyos crespos cabellos de noche se enredaban alrededor de cascabeles de oro.

“Y le pidió:

“—¡Oh, anciana egipcia que conoces el porvenir, lee en mi temblorosa mano! Y dime si debo seguir al hermoso capitán de *reitres*, el galante capitán de la mirada azul que trepa todas las noches en el torreón donde cada noche sueño sin dormir. Dime si debo escuchar al valiente capitán, cuyos blancos dientes me han sonreído con ternura por entre el rubio sol de su sedosa barba.

“La egipcia sacudió el sonajero de sus cascabeles de oro, que

fulgían en sus cabellos de ala de cuervo.

“Y sin siquiera leer en la temblorosa mano que tendía Lucinda della Sabbia, contestó:

“—¡Oh, pequeña princesa! ¡Oh, princesita pálida!... Recuerda que los lobos tienen los dientes blancos y que algunos de ellos tienen rubio pelaje hermoso. Antes de saltar la balaustrada de musgo del torreón, donde encerrada sueñas sin dormir, aplica tu semblante de flor loca, de florecita pálida, en el costado izquierdo del jubón de piel de búfalo de tu hermoso capitán. Escucha, escucha atentamente el ruido que hará su corazón. Y no des ni dejes tomar ninguno de tus besos si no has oído latir con tierna emoción el corazón de tu rondador.

“Y al anochecer, cuando al pie del torreón reaparecía el hermoso capitán, Lucinda della Sabbia ató al balcón su largo velo trenzado de plata, y lo dejó colgar.

“Ayudándose en los intersticios de la piedra, el capitán de los mercenarios, que estaba esperando nave para partir, subió al torreón.

“Y cuando hubo alcanzado la balaustrada con musgo, Lucinda posó su mejilla en el costado izquierdo de su jubón de piel de búfalo.

“Pero allí donde debía alentar con tierna emoción un corazón amante, ella no oía nada, nada...

“Y mientras su mejilla ansiosa quedaba apoyada contra el pecho del capitán, éste se inclinó y dulcemente posó sus labios en la satinada mejilla.

“Ella no se defendió. En aquel momento la egipcia Martina hubiera mentido si la hubiera llamado florecita pálida, porque Lucinda semejaba una rosa de pétalos felices.

“De pronto oyóse un ruido en el torreón donde, encerrada, Lucinda soñaba sin dormir, y ella se apartó de los brazos del capitán.

“Él descendió ayudado por el velo trenzado en plata, y su mirada ascendía hacia ella, mientras sus blancos dientes sonreían en su barba de oro.

“Y cuando estuvo en tierra, ella recogió su velo para cubrirse el rostro lloroso.

“Por la mañana, fué de nuevo a visitar a la egipcia.

“—¡Oh, dolor, anciana consejera! Allí donde debía latir el corazón del capitán, no he oído nada. Pero mientras en vano escuchaba, su beso me convirtió de pálida flor en vivida rosa. Y puesto que tú conoces el porvenir, leerás en mi temblorosa mano

que, a cambio de otros besos tan dulces como el que anoche recibí, yo volveré a descolgar de mi balcón mi velo trenzado en plata. Sí, yo quiero esta noche bajar del torreón donde sueño sin dormir, y huir con mi capitán de la barba soleada... ¡Lo quiero! ¡Huiré!... Aunque me da miedo su silencioso corazón, que parece estar muerto.

“La egipcia sacudió los cascabeles, y contestó: “—¡Oh, princesita pálida! ¡Oh, princesita loca! Tienes que huir de aquél cuyo corazón no late en el beso de amor... Sí, porque conozco el porvenir; yo sé que esta noche atarás al reborde de tu balcón el velo trenzado en plata. Pero... escucha mi presagio... Si al saltar la balaustrada de musgo algo te retiene en el torreón donde sueñas sin dormir, no salgas, no huyas... Regresa a tu torreón, y deja partir solo al hermoso capitán... Prométemelo, ¡oh, florecita pálida!, ¡oh, florecita loca!...

“Pero Lucinda della Sabbia, cubriéndose la cabeza con su velo trenzado en plata, corrió sin replicar ni prometer, alejándose de la cueva fétida donde trepaban las culebras y gorgojeaban los sapos...

“No quería oír el débil sonido de los cascabeles que demostraban, que la egipcia sacudía tristemente la cabeza...

“Al llegar la noche, ella ató su velo, y saltó la balaustrada de musgo. Tocaba ya el suelo, cuando la rama de un rosal retuvo su vestido con sus espinas.

“Y como una advertencia, el sonido de los cascábeles tintineó tristemente en su recuerdo.

“Lucinda hubiera querido volver a subir hacia el torreón donde soñaba sin dormir.

“Pero el hermoso capitán había surgido de las sombras. Asió su mano, y la atrajo con tanta fuerza, que la rama del rosal se retorció desesperada.



La egipcia sacudió los cascabeles y contestó...

“El capitán la atrajo con renovada fuerza. Las espinas cedieron, y el vestido de Lucinda se rasgó todo a lo largo.

“Lucinda sollozó, como si fuera su corazón y no su vestido el que se desgarraba.

“Con un beso apasionado, el hermoso capitán bebió las lágrimas que caían de los ojos cándidos, y le dijo, sonrientes los blancos dientes entre el sol de su corta barba:

“—No llores por tu vestido roto, ¡oh, princesita loca!, ¡oh, princesita pálida! En la más cercana ciudad yo te compraré un vestido mucho más bonito, y que te gustará mucho más.

“Y para terminar de consolarla, hizo que ella apoyase su mejilla en su jubón de piel de búfalo.

“Pero aquel gesto no consoló a Lucinda, porque allí donde debía oír el latido dé un corazón, no oía nada, nada...

“El primer día, en la primera ciudad donde el capitán aventurero conocía a mercaderes, alquiló un suntuoso palacete de mármol, que contenía un regio lecho incrustado en nácar y marfil.

“Y prodigándole mil besos de amor, ella se durmió feliz, sonrosado el semblante apoyado en un corazón de tibia piel, pero silencioso como la misma muerte.

“Y cuando se despertó, en lugar de su vestido desgarrado, vió ella colocado sobre un almohadón de terciopelo y brocados un bello vestido de color de las rosas mañaneras cuando el rocío las humedece...

“Al segundo día, en otra ciudad, donde el capitán no conocía más que a un oficial, alquiló la casa de un menestral, donde el lecho era de vasto nogal.

“Y él sólo le dió un beso, y ella durmióse pensativa, menos sonrosado el semblante. Y al despertar vió, sobre un escabel, en lugar del vestido rosa una túnica de tela gris.

“Y al tercer día, en la tercera ciudad donde el capitán no conocía mercaderes ni oficiales, alquiló una buhardilla en la más pobre hostería, y la paja que servía de lecho era húmeda.

“Él no le dió ningún beso, y ella durmióse llorando, sin atreverse a posar su pálida mejilla en un corazón frío y silencioso.

“Y cuando se despertó, el capitán había huido a bordo de una nave que lo llevaba lejos de este costa.

“Tiritando y sin fuerzas, la hallaron Giancarlo della Sabbia y el maestre de armas Cosme Biondelo, y desde entonces la princesita está encerrada en el torreón donde ríe sin alegría, llora sin recordar y

duerme sin soñar...

Capítulo IV

DOS PLUMAS

Bruyant, que escuchaba absorto, al terminar Inocentina de relatar la desgraciada aventura de Lucinda della Sabbia, murmuró:

—¿Y cómo se llamaba el capitán de la barba rubia?

—Lisardo Gentile, y era sardo. En vano Giancarlo buscó su pista. Nadie supo más del hermoso capitán. Y decidme, señor... ¿No visteis un blanco velero que por el sur desapareció?

Sin esperar respuesta, añadió:

—Por el mar vendrá quien yo espero. Pero no es trovador ni juglar atrevido. Es marino, y tiene reflejos de algas en sus ojos que me acariciarán... Creí encontrarlo aquí... Gracias, caballero trovador, por haber impedido que Tomasino me echara. Dicen que soy bruja, porque son toscos y supersticiosos.

En los labios la enigmática sonrisa, levantóse ella.

—Buena estancia os deseo en la aldea, della Sabbia. Pero no vayáis al castillo, porque no podréis curar a la princesita.

Volvióse para dirigirse hacia la puerta, y con sencillez agradeció al trovador que la acompañaba hasta el umbral:

—No me hagáis escolta, caballero. Y bruja quisiera ser para desearos cuanto anheléis.

—Brujo quisiera ser para anunciarte que el enamorado de los ojos verde mar te busca, Inocentina.

Marchóse ella, haciendo un ademán indefinible, mezcla de despedida y amistoso saludo.

Se detuvo en su regreso Luys Gallardo, apoyándose en un escabel. Encogióse de hombros.

Veía a Bruyant que, inclinado junto a Lena, la bella hija de Tulio el herrero, parecía decir algo gracioso, porque el rostro de la muchacha sonreía.

—Una dama sola necesita paje servidor, hermosa, ¿Os place que ponga a vuestros pies mi espada y mi corazón?—decía Bruyant.

—Liviano sois, juglar, en entregar corazón y espada.

El apuesto gascón hablaba con la confianza de muchos éxitos. Hízose más próximo.

—En un minuto muere un hombre. Y en medio segundo, se

enamora.

Una sombra enorme se proyectó sobre la mesa, y Tomasino, crispados los voluminosos puños, intervino:

—Dejad en paz a Lena, forastero.

—¿Y por qué?—inquirió la propia Lena—. No hay mal en que este juglar me hable...

—A tu casa, desvergonzada—rugió el forjador, asiendo por el hombro a Lena.

Retrocedió apresurado, llevándose la mano al estómago, donde acababa de recibir un codazo imprevisto.

Y Bruyant Lartiguers, densos los claros ojos, advirtió:

—Las zarpas quietas, Vulcano. Si vuelves a importunar a Lena, te dejaré sin pluma y cacareando. ¡Habráse visto sinvergüenza!

Nadie intervenía en las querellas de otros, y menos cuando uno era el poseedor de la pluma roja.

Pero Tomasino, tragando saliva, recordó que debía posponer sus deseos de romper los huesos al juglar, hasta que hubieran visitado el castillo.

Se alejó, tomando por testigo a Lionelo:

—Después...—anunció—. Cuando se vayan, fracasados en el castillo. Te cedo al trovador.

Bruyant sentóse junto a Lena.

—¿Es vuestro prometido este ogro?

—Todavía no,.., pero lo será.

—Valéis demasiado para zurcir sus ropas. Estoy solo y triste, Lena. Necesito cariño y dulzura.

—Seguid vuestro camino, juglar. No creo en madrigales de quienes por oficio cantan baladas a castellanas y engañan aldeanas.

—¿Engañar yo? Contempla la sincera verdad plasmada en mi rostro. Eres bella como la aurora después de la tormenta, que tormenta es mi vida sin amor. Vaya... Otra vez este inoportuno.

Tomasino, minutos antes, había avanzado al encuentro de un hombre que, armado de larga tizona y arrogante de ademanes, había entrado.

Era Cosme Biondelo, que solía algunas noches acudir a beber al lugar de reunión de los aldeanos.

—¿Venís, maestre, en busca de los curadores? —preguntó Tcmasino.

—No.

—Allí están. Aquel que habla... con Lena, y este otro.

—No son los curadores, porque a estas horas aun no habrán llegado a Roma. Además, son viejos y no juglares.

—Gracias, señor maestre—dijo, alborozado, Tomasino. ,

Depositó ante Cosme Biondelo un frasco y una copa. Y, apresuradamente, fué a decirle a Lionelo:

—No son los curadores. Lena se acordará de esta noche, la muy... necia. No la quiero, y me molesta. Pero no se burlará de mí dándome celos con un forastero.

Lionelo aprobó.

—Una buena azotaina les conviene a las mujeres. Y en cuanto al otro juglar, ya impediré yo que se interponga ni que huya.

Tomasino dirigióse a la mesa donde Bruyant

cortejaba a Lena.

Apoyó pesadamente sus puños en el reborde.

— Fuera, Lena... Vete.

Levantóse ella asustada, porque veía que de las mesas cercanas levantábanse para colocarse más lejos.

Bruyant continuó sentado. Tomasino rechinó los dientes, mostrándolos en sonrisa siniestra.

—Te voy a deslomar, juglar del demonio...

—¿A quién, a mí? No seas ingenuo, muchacho.

—Si eres hombre, descíñete el cinto y lucha conmigo sin más arma que tus manos.

—¡Atención!—exclamó Bruyant levantándose y desabrochando su cinto, haciéndolo deslizar sobre la mesa—. Oíd, buena gente: Tomasino me reta, y su pluma me gusta. Además, defiende a su prometida...

—¡No es mi prometida ni lo será nunca, por esas!—Y se besó Tomasino los dos pulgares cruzados.

Era juramento al que ningún siciliano podía faltar, so pena de ser tildado de cobarde.

Palideció Lena, que a la vez corrió hacia la puerta, saliendo.

Tomasino arqueó los poderosos brazos. Retrocedía sin perder de vista a Bruyant, e iba apartando mesas y escabeles, formando un espacio libre.

—Menos sitio me hace falta, Tomasín, para hacerte migas.

—¡Ataca, Tomasino!—excitó Lionelo—. ¡Mátalo!

—¡Destrózalo!

—¡No le dejes pavonearse! ¡Túndelo a muerte!

Las variadas exclamaciones hicieron reír a Brujan; que, como un gato acechante, iba trazando círculos alrededor de Tomasino; éste, clavados los tacones en el suelo, giraba el busto hinchado.

—¡Caramba con la buena gente!—exclamó el gascón— ¿Oyes, don Luys? Parecen leones hambrientos...

—Tú te lo buscaste, gascón—sonrió el trovador. —Anda, no hagas sufrir más a la distinguida concurrencia. ¡Zúmbale!

Bruyant se abalanzó, cabeza gacha. Distaba apenas medio metro del forjador, cuando saltó de costado, y los dos puños de Tomasino sólo encontraron el vacío.

Cayó de bruces el forjador, porque por detrás, con agilidad felina, Bruyant acababa de aplicarle un puntapié.

Alguien rió. Tomasino levantóse bufando, y agitando los brazos como aspas, atacó.

Doblóse al recibir otro puntapié en el estómago, mientras Bruyant, dando dos saltitos, exclamaba:

—No me sirve vuestro adalid. Es más pesado que un oso. ¡Lucha, Tomasino!

—¡Agárralo!—gritó Lionelo—. ¡Cíñele el talle, y dale con el mentón en el pecho!

—Si puede...—sonrió Luys Gallardo.

—Ya te tocará el turno—anunció Lionelo, hosco.

—¿Sí? Que sea pronto, pluma azul, porque la impaciencia me mata.

Tomasino lanzó un grito de triunfo cuando sus poderosos brazos consiguieron rodear la cintura del gascón.

Los demás, menos Cosme Biondelo y Luys Gallardo, aullaron enfebrecidos por lo que iba a suceder.

Y quedaron en silencio, sorprendidos.

Tomasino retrocedía con muecas de dolor, y un hilillo de sangre deslizábase por su barbilla, brotando de sus narices y labios.

—Las rodillas, muchacho, las rodillas...—dijo paternalmente Bruyant, después de su salto, en que sus rótulas chocaron contra el rostro del hércules—. Vigílame las rodillas, porque a la próxima te desnucaré; palabra de gascón.

Exasperado, furioso, desconcertado ante aquel modo de luchar desconocido, Tomasino lanzóse al ataque mirando las piernas del gascón.

Sus zarpas asieron por el cuello a su contrincante, y de nuevo retrocedió tambaleándose.

Bruyant, avanzando el rostro, acababa de aplicar recio testarazo en la frente del forjador.

Ambos quedáronse tambaleándose, y el gascón murmuró:

—¡Cáspita, qué dura tienes la Gabeza, ladrón!

Saltó hacia adelante, recuperado el pleno sentido antes que el forjador, y un aluvión de puñetazos, puntapiés y rodillazos, como golpes de mazo al yunque, cayeron sobre el gigantesco Tomasino,

que en vano intentaba replicar y cubrirse.

Y rematando su trepidante agresión, Bruyant entrelazó las dos manos, dejándolas caer desde todo lo alto sobre la nuca inclinada del forjador, que derrumbóse aplastado como un buey.

Se inclinó Bruyant y asió la pluma roja, atravesándosela en su capuz, que recogió del suelo.

Puso un pie sobre las anchas espaldas del hércules sangrante, y cacareó:

—¡Kikiriki! Yo soy el gallo, y silencio en el corral.

Mudos, admirados, los sicilianos contemplaban al vencedor.

Varios de ellos recogieron por piernas y brazos á Tomasino, llevándolo tras el mostrador.

Cosme Biondelo apuró su copa, y dijo en voz alta:

—Muy bien. Este juglar ha ganado. Debes retarlo, Lionelo.

—Pido la palabra—terció Gallardo, avanzando—. Lionelo quiere cederme amablemente su pluma; ¿no es cierto, Lionelo?

El pescador asintió, replicando:

—No quiero lucha con juglares marrulleros que en el extranjero han aprendido tretas. Yo aplastaré a estos dos forasteros, si luchan como los bravos, al modo de los "últimos".

Cosme Biondelo, tomado por juez, aprobó.

—Brava lucha. Oye, juglar, ¿conoces la usanza de los "últimos"?

—No, compadre. Pero puedo aprender. Yo doy siempre facilidades al que me dispongo a pulverizar.

Cosme Biondelo rió sonoramente.

—¡Estos juglares son chanceros como nadie!

Pero se te acabarán las agallas cuado sepas lo que quiere Lionelo.

—Tenemos agallas para vencer—dijo Bruyant, acercándose—Y oídos para aprender. ¿Qué es esto de los "últimos"?

—Hacha—dijo, lacónicamente, Biondelo.

Dos sicilianos se aproximaban, llevando con esfuerzo una larga hacha de doble semiluna.

—Se llama de los "últimos", porque cuando la vendetta ha ido exterminando a todos los miembros de dos familias, y sólo quedan dos, éstos están obligados a batirse con hacha.

—¡Qué bestias sois, compadres!—sonrió Luys Gallardo—. Estas hachas cortan mucho...

Cosme Biondelo rió, dándose palmadas en los muslos.

—¡Eres un tipo gracioso, juglar! ¿Pues qué creías? ¿Que te ibas a pelear de mentirijillas? Entrega tu cinto y...

—¿Tú quién eres, compadre? Lo pregunto para saber por qué te

atribuyes poder de órdenes en mi.

—Soy Cosme Biondelo, maestre de armas del castillo, y no me rebajo a pelear con juglares, pero si Lionelo no te corta desde el cráneo hasta los tacones, te diré una cosa…

—Y yo otra, maestre. Elige hacha, Lionelo, y conste que nada tengo contra ti, pero donde estuvieres, haz lo que vieres. Si quieres matarme, recuerda el refrán de que quien a hierro mata, como a todo cerdo, le llega su San Martín, cuando no lucha por vengar agravios. Me retaste, y acepté, pero sin ánimo de muerte, miré tu pluma azul.

Lionelo cogió una de las hachas, manteniéndola delante del pecho, y se dirigió al extremo del espacio abierto por Tomasino.

Sopesó Luys Gallardo la que le entregaba un siciliano.

Bruyant Lartiguers, perlada de sudor la frente, susurró:

—Duro y a la cresta, don Luys.

Cosme Biondelo se levantó, y abriendo los brazos, dijo:

—Venza quien venza, obligación es de cuantos presencian no acudir ni en ayuda ni en contra de ninguno de los combatientes. Quien tal cosa hiciera o cerrara paso al vencedor, será mutilado de brazo y pierna, por quebrar el código de los "últimos".

Lionelo, enlazando con una mano el remate y con la otra el engaste de la doblé semiluna, atravesado el ancho y pesado mango delante del pecho, avanzó.

Cosme Biondelo explicó:

—Tú, juglar, haz lo mismo que Lionelo. Chocaréis los mangos a altura del pecho, y dando tres pasos atrás, empezaréis la lucha. Y el que caiga, será enterrado como los valientes.

Chocaron los dos mangos, y ambos retrocedieron tres pasos. Apartóse Cosme Biondelo.

En la puerta, una voz autoritaria ordenó:

—¡Reposad las armas!

Lionelo apoyó en el suelo la doble semiluna, destocándose, al igual que todos.

Lutezia della Sabbia, apoyada la diestra en el hombro de su hijo Giancarlo, avanzó.

Capítulo V

DUEÑA Y SEÑORA...

Cosme Biondelo avanzó también, destocado y servil.

—Dadme cuenta de lo que aquí sucede—exigió ella.

—Dos forasteros, juglares, señora, aceptaron los desafíos de Tomasino y Lionelo. Aquél venció a Tomasino, y ahora, Lionelo ha pedido dirimir con hacha el reto del trovador.

Los negros ojos de Lutezia della Sabbia examinaron alternativamente a Bruyant Lartiguers y a Luys Gallardo.

Miró después a los que, alineados en pie, mostraban semblantes temerosos.

Y con altivo gesto ordenó:

—Acércate, trovador.

Luys Gallardo dejó en el suelo el hacha, y risueño, vino a saludar a la dueña y señora de la aldea.

—En mis dominios no sobran los hombres para que permita que dos pendencieros juglares traigan la discordia. No es esta tu obligación, trovador. ¿Cuál es tu deber?

—Admirarte, mi dama.

—Licencia de juglar que te tolero. Tu deber es divertir, conmover, cantar...

—No, mi dama. Yo canto cuando el alma me lo pide, o cuando dama de tu alcurnia y belleza, sonriendo, me pide canción.

Lutezia della Sabbia no sonrió. Arqueó las cejas.

—Osado eres, trovador. Y tiempo hace que no visitan mi castillo seres de tu noble profesión. Vistes con elegancia, y tienes modales de señor. ¿Cuál es tu nombre?

—Luys, Lutezia.

Giancarlo frunció el ceño, pero una presión de la materna mano le contuvo.

—No hay insolencia en ti, pese a tus respuestas, trovador Luys. ¿Eres de tierra española?

—Sí, mi dama.

—No gustamos de españoles. Sois belicosos, audaces y entrometidos. ¿Y tu compañero, lo es también ?

—Es belicoso, audaz y entrometido..., pero galante.

—Pregunté si español era.

—Gascón, y de los finos;—declaró Bruyant, adelantándose y colocándose junto al trovador—. De la dulce Francia, y si pintor fuera, tu imagen quisiera inmortalizar.

—¿Tú eres el que venciste a Tomasino?

—Soy. Y si me lo pides, degüello a la mismísima Hidra si apareciera, señora.

Lutezia della Sabbia esbozó una sonrisa. Pero la dureza de sus hermosos rasgos persistía.

—Venid mañana al castillo. Tal vez a mi hija vuestras canciones le den alegría... Y ahora, vos, Cosme, venid conmigo. En cuanto a vosotros, sabed que aquel que importune a... mis amigos los juglares, será azotado. Y tú, Lionelo, empuñarás el hacha cuando yo te lo ordene, que las armas sólo deben entrar en acción cuando la aldea esté en peligro.

Hizo ella un ademán señalando la pluma roja que adornaba el capuz del gascón.

—No eres siciliano, juglar. Devuelve este trofeo.

—Tu esclavo soy, si a cambio de la plumita, me das la flor que adorna tu cuello.

Giancarlo della Sabbia conminó:

—¡Obedece, truhán! Y más respeto para la dueña y señora della Sabbia.

—Paz, Giancarlo—atajó ella—. Son juglares... y yo estoy muy por encima de los vulgares halagos de errantes aventureros. ¡Toma esta flor, gascón, y trata de no encolerizar a mi hijo!

Miró Lutezia al trovador.

—Si no tenéis albergue, podéis dormir en las salas de armas del castillo.

—Gracias, mi dama. Pero nos place la luna por candil y las estrellas por luminarias. Mañana, cuando la alondra cante, mi laúd vendrá a rendirte pleitesía.

Seguida por Cosme Biondelo y siempre apoyada en el hombro de Giancarlo, abandonó ella la sala.

Y fuera, anunció:

—En vez de merodear por taberna y patrocinar reyertas, Cosme, mejor haríais en vigilar lo que sucede. Un velero asoma por horizonte, y la luna delata que su proa hacia acá se dirige. Reunid a mis soldados, y bajad a la playa. Si aquí a este litoral arribara, enteraos de sus propósitos, porque rectamente apunta su proa a mi castillo.

Lionelo dejó en el suelo el hacha al irse la dueña y señora de

vidas y haciendas en la aldea della Sabbia.

Bruyant, aspirando el aroma de la rosa, tiró al suelo la pluma roja. No había la menor simpatía en las miradas de todos los sicilianos enmudecidos por la amenaza de Lutezia.

—Lo oíste, trovador. Cuando salgas del castillo, ven aquí si eres hombre—dijo, ceñudo, Lionelo.

—Ya que porfías... acudiré a tu cita.

—Insensato... — comentó, paternalmente, Bruyant—. Con lo gordo y reluciente que estás, insistes en oler a cadaverina.

—Vámonos, Bruyant. Estos compadres no pueden aceptar retos, porque serían azotados por la, dueña y señora. Mañana será otro día.

Fuera del caserón, Bruyant aspiró satisfecho.

—Es guapa la tirana, ¿verdad, don Luys?

—Tiene blancos cabellos.

—Que la hacen muy interesante porque su tez es lisa y juvenil. Mañana visitaremos las salas por donde triste y sin seso, la princesa loca deambula. Huelo magnífica aventura...

—Huelo a sangre fresca, Bruyant, si no moderas tu ardiente corazón siempre latiendo.

La noche era clara, y diáfana la atmósfera. Una silueta femenina avanzó, y Bruyant irguió el busto.

Lena vaciló antes de hablar:

—Quisiera, juglar, pedirte una merced.

Luys Gallardo saludó, alejándose. Bruyant replicó :

—Concedida, Lena. Pide por tu boquita de fresa, que me tienes rendido y enamorado.

Ella miró en rededor, y monótona la voz, dijo:

—Odio a, Tomasino... tanto como le quise. Me ha despreciado ante todos. Mi padre me apaleará, cuando sepa que huyendo estuve allí. Si tú quieres, mi padre no me apaleará.

—Quiero.

— Bastará que digas que me ofreciste escolta y venciste a Tomasino, porque éste me insultó. Y que yo quise vengar el insulto...

—Mentirijilla mas o menos, no importa, hermosísima. Aguarda unos instantes...

Corrió el gascón, y explicó ál trovador lo que acababa de pedirle la siciliana.

—A bordo tienes lecho, Bruyant. Y mañana, al amanecer, desayunaremos juntos. Hasta entonces.

Bruyant volvió junto a la que, viéndole llegar, murmuró:

—No creas que soy una mujer mala, juglar.

—Tú eres buena. Una mujer buena y una buena mujer, que no es lo mismo, Yo a ratos soy todo un caballerazo. Tú amabas a Tomasino, y el muy imbécil desdeñó tu amor...

—¡Ama a Inocentina, y yo mataré a esta bruja!...

—Chstt, chstt—chasqueó Bruyant—. Dejemos en paz a los ausentes. Mi abuelo que era un talento, decía que la mujer suele a veces aceptar la corte de otro hombre que no es su elegido, para molestar a éste o, generalmente, a otra mujer. Tomasino arderá de furor, cuando te vea conmigo. Acepta pues mi corte.

—¡Acepto!—exclamó ella, deseosa de venganza.

Bruyant la enlazó por el talle. Ella rehuyó el abrazo.

—¿No dices que aceptas?

—Pero sin libertades que no consiento.

—Cruel...—rió el gascón—. Dame ánimos, si quieres que mañana le explique yo al autor de tus bellos días, la mentira que me soplaste. Fíjate cómo brilla la luna, y los guiños de las estrellas... Yo puedo quedarme aquí en la aldea contigo, y Tomasino, de tanto rabiar reventará. Novios como yo no abundan...

—¡Que rabie Tomasino!

Y esta vez no rehuyó ella su talle. La cómplice noche, la soledad y el salobre efluvio del mar, complementaron la atracción de los argumentos de Bruyant.

Cercana ya la casa de Tulio el herrero, Lena se desprendió de los brazos dominantes...

—Déjame, Bruyant... Y mañana al amanecer, ven...

—Otro beso, y acudiré apenas la aurora se desperece.

—Véte...—dijo ella débilmente, olvidada per unos instantes de Tomasino y de su rencor contra la que inocentemente era acusada de brujería y de atraer a los hombres della Sabbia.

Marchóse él. Quedó Lena pensativa, y de pronto una idea maligna penetró en su cerebro de mujer ardiente y despechada.

Corrió hacia el caserón, cuando se hubo cerciorado que lejos estaba ya su reciente y osado galán,

Y los sicilianos se apartaron para dejarla que atendiera con mimos y caricias al forjador Tomasino que, magullado, contuso y humillado, seguía en la inconsciencia.

Pero cuando solos los dos, abrió los ojos hinchados y violáceos, dijo él brutalmente:

—Mañana veré a tu padre, y te matará a palos, perra...

Lena se levantó. No miraba al hombre, sino al frasquito que contenía veneno para exterminar serpientes, que había cogido del

estante donde sabía era guardado por los agricultores.

El frasquito que a solas, había aplicado entre los tumefactos labios de Tomasino, obligándole a beber aprovechando su inconsciencia.

Y salió llorando, mientras los demás oían las voces con que Tomasino seguía imprecando e insultando a la que, fuera ya, exclamó:

—¡No harás nunca más filtros de amor, Inocentina!

Capítulo VI

LOS PESCADORES DE ESPONJAS

La linterna, bamboleándose, iluminaba a trechos oscilantes la elevada figura del hombre que en pie, acariciábase la corta barba rubia.

Era un hombre de rostro helénico, estatuario, y sus grandes ojos verdes, tenían a instantes reflejos malignos.

Apoyaba las anchas manos nervudas en las asideras de un timón, y a su voz, deslastraban de velas varios hombres los palos del bajel panzudo y de corta eslora.

Sentado a los pies del que manejaba el timón, había un hombre de larga barba canosa, flaco y de relucientes ojos negros.

—¿Estás cierto que fué allá, Gregor? —preguntó, de pronto, el timonel.

—Sí, capitán Adonais. Allí se hundió el "Dafné", por noche tormentosa, y nadie se salvó... Yo solo volví a la vida, lejos y a bordo de un pesquero sardo que me recogió. Aquél es el castillo que fué lo último que vi antes de hundirse el "Dafné".

—No conviene desembarcar ahora. Manendré mi barco al pairo, y mañana al amanecer pisaremos tierra.

Llamó Adonais Mirkopoulos a un marinero, como él griego.

—Al timón, y al pairo a esta misma distancia. Ven. Gregor...

Dirigióse Mirkopoulos, seguido por el viejo, hasta el centro de la embarcación.

Se encaramó sobre las caídas lonas. Y silbó estentóreo tres veces.

De la cala, de los palos, y por las escotillas, fueron surgiendo una treintena de individuos, llevando todos el mismo atuendo que Adonais Mirkopoulos.

Un pantalón azul a media pierna, una blanca camisola flotante y faja roja. En la cabeza, un gorro de lana con rayas rojas y verdes.



Apoyaba las anchas manos nervudas.

Formaron circulo alrededor de donde en pie, Adonais Mirkopoulos, atlético y peligrosamente jovial, apoyó una mano en la cabeza del viejo Gregor sentado a sus pies.

—Mañana desembarcaremos, pescadores. Y ha llegado el momento de que os explique la razón por la cual os enrolé en las islas del Egeo, dándoos paga de rey.

Adonais Mirkopoulos rió jovialmente.

—Todos me conocéis de oidas. Soy generoso y cumplo con lo que prometo. Os advertí que iríamos a buscar riquezas. Os dije que desde el momento en que pisarais mi cubierta, vuestra vida me pertenecía. Cuando mi barco toque la costa, el de vosotros que sepa hablar italiano, lo olvidará. Sois griegos y buceadores. Pescáis esponjas. Esta era vuestra profesión cuando os enrolé. Echabais sangre por oídos y narices, para pescar esponjas, con la venta de las cuales apenas teníais para comer. ¿No es así, Crésforo?

—Así es, capitán Adonais.

—A mi bordo no había más que el anciano Gregor, cuando subisteis a inscribiros en mi rol. Él y yo adquirimos este barco. Os contaré lo que me contó el viejo Gregor para lograr que yo abandonara mi amado mar, y os enrolara a vosotros, míseros pescadores de esponjas, con la promesa de haceros ricos.

Adonais Mirkopoulos rió, y su contagiosa carcajada iluminó los semblantes de los pescadores.

—Mataré al de vosotros que repita tan sólo una palabra de cuanto ahora os contaré. Yo no engaño a nadie. Mataré al que sea indiscreto. Hace tres meses encontré en un mesón al anciano Gregor. Desfallecía de hambre. Le di de comer. Tenía sed de buen vino de Chipre. Lo bebió. ¿Verdad, Gregor?

—Nunca mientes, capitán Adonais—replicó el viejo.

—El buen vino de Chipre le desató la lengua, y por suerte estábamos solos y nada más que mis oídos escuchaban. Hace dieciséis años, el anciano Gregor navegaba en el “Dafné”, un buen velero.

Lo capitaneaba Heleno de Mitiléne... ¿No oísteis hablar de él? ¿Si? ¿Sí, Crésforo?

—Heleno de Mitiléne era un pirata de Creta que desapareció hace... dieciséis años aproximadamente, capitán Adonais.

—El mismo. Se hundió con su nave el “Dafné”. Viajaba con su hija, una criaturilla que también murió en el naufragio. El viejo Gregor explicó que era una noche tan obscura que sólo vió aquel castillo, porque durante el día lo había observado, y sabía su emplazamiento. Se hundió el “Dafné” de pronto, tan rápidamente que nadie se salvó... Tan sólo mi buen viejo Gregor.

Y la risotada alegre del griego resonó hondamente.

—Él despertó muy lejos. Después pasó muchas calamidades,

pero a nadie más que a mí contó lo que sucedió en este mismo litoral. El "Dafné" surcaba este mar, procedente de isla menorquina, dirigiéndose hacia la isla de Mitilene. Pero, la tormenta le cortó el paso. Y el "Dafné" se hundió. Se hundió... ¡plena la barriga de oro y plata!

Todos los semblantes reflejaron además de la lividez lunar, una repentina codicia.

Adonais Mirkopoulos rió también, codicioso.

—Oro de monedas españolas, y plata de candelabros y vajilla. Era el botín de Heleno de Mitiléne... ¡Nuestro botín! El mar y la arena nos lo han conservado, pero lo perderemos si somos impacientes, o indiscretos. No sé quién manda en aquel castillo, pero nos permitirá a nosotros, pobrecillos griegos pescadores de esponjas, que exploremos el mar en su litoral. Diré que si es preciso pagaremos diesmo por poder dedicarnos a buscar esponjas. Y ahora escuchadme bien, futuros hombres ricos. Bucearéis hasta dar con el casco del "Dafné", y en la cesta que os sirve para colocar la esponja, habrá esponja. Esponja que cubrirá el oro y plata que remontaremos. Yo no engaño a nadie. Aquel que por avidez mal entendida, carge demasiado la cesta, no volverá a subir con vida porque le haré bucear eternamente. En cada cesta habrá un saquito que rellenaréis, y cuya boca cerraréis, cubriéndolo con esponjas. Y a bordo, los que no estén de turno llevarán las cestas a las cajas, y desde la cala, otros recogerán los saquitos y dejarán la esponja. Cuando la barriga del "Dafné" quede vacía, partiremos.

Entrechocó Mirkopoulos las manos nervudas y grandes.

—Treinta y tres son mis años, y treinta y tres somos. El anciano Gregor y yo, por capitanes y guías, haremos un tercio del botín. Será nuestro. Los otros dos tercios se repartirán por partes iguales entre nosotros todos. Es mi oferta la más generosa que pudisteis soñar. Yo no engaño a nadie. Si alguno de vosotros encuentra pobre su parte, no me enojaré. Que lo diga abiertamente. Soy leal y generoso, esta es mi fama, y la merezco. Tú, Crésforo, que eres el jefe de todos los pescadores, habla por ellos.

—Tu oferta es generosa, capitán Adonais. Nos complace. Y te obedecemos y juramos no hablar ni olvidar tus órdenes.

—Reine entre nosotros la lealtad, porque siempre la traición pierde a los que buscan tesoros o rapiñan ajenas fortunas. ¿Qué total sumaban mal pesados el oro y la plata del capitán Heleno, anciano Gregor? Dilo, que estamos ansiosos de oírte.

—Seis veces mil millares de dracmas.

Un sordo murmullo brotó de todas las gargantas.

—¿Habéis oído, pescadores de esponjas? Calcula, Crésforo. Y verás que a cada uno os corresponderán... ¿cuántos? Todos somos griegos y sabemos contar con rapidez... Dividid seis mil millares por tres. Y dividid lo que resulte por treinta y tres...

Todos los labios se movían en plegaria matemática...

El anciano Gregor rió con cascada voz...

—¡Sesenta millares y seiscientos seis dracmas con media décima!

—Esto es. Tendréis mujeres sumisas, criados de espinazo partido, mercaderes sonrientes, bodega propia y cuanto queráis... Pero aquél que hable o cargue demasiado la cesta, engrosará el vientre de los peces, y la parte que a los demás corresponda. Y... no me engañéis...—farfulló, entre risotadas, Adonais Mirkopoulos—. Si alguno de vosotros para añadir unos millares a su parte, corta la cuerda de un compañero, yo le rebanaré el cuello... ¡y serán dos partes más!

Rieron todos acompañando, la risotada estentórea de Adonais.

—Y ahora os preguntaréis ¿cómo es que el capitán Adonais dice que no engaña a nadie si va a decirles a los del castillo que pide permiso para pescar esponjas? ¿Nos engaña el vendedor de higos cuando nos dice que valen dos décimas de dracma el serón, y los compró por una décima y media? No nos engaña.

Señaló Adonais la mole del castillo della Sabbia, iluminada por la luna.

—Yo ofreceré diez dracmas por día, si mercaderes son los del castillo. No les engañaré, porque les diré que vivimos de pescar el tesoro del mar, que así llamamos en el archipiélago que nos vió nacer, a las esponjas.

Gregor rió alborozado, abrazando una de las piernas de Adonais.

—Listo, muy listo es el capitán Adonais—dijo senilmente.

—¡Viva Adonais Mirkopoulos, el generoso y leal capitán!—gritó Crésforo.

Aullaron en coro de vítores los demás. Abrió Mirkopoulos los brazos imponiendo silencio.

—Basta ya de voces. Relevo de timonel. A dormir todos... si es que podéis dormir. Pero al menos tended los miembros. Y cuando amanezca, no confundáis el sol con una moneda española.

Gregor siguió al capitán Mirkopoulos. En la cámara humilde destinada al patrón de los pescadores de esponjas, que tal era el velero, Gregor cloqueó:

—¿Qué haré yo, capitán Adonais, con dos mil sesenta millares...? Soy muy viejo.

—Nómbrame tu heredero, anciano Gregor. Y no te engaño que

yo te seré un heredero como hay pocos. No abriré puertas para que te resfríes ni echaré rabos de lagartija en tus gachas. Yo soy un hombre agradecido, y cuando me encontraste, tenía muchos dracmas de salud pero pocos de plata. Durmamos ahora...

—Yo podré, pero tú no, capitán Adonais.

—¿Que no? Pasé las noches desvelado durante una semana, apenas me contaste lo que sabías. Después... a todo se acostumbra el hombre. ¡Hasta a la idea de ser un Creso!

Y los poderosos ronquidos del capitán Mirkopoulos demostraron que no engañaba a nadie.

Griseaba la noche, empujada por la cercana aurora, cuando ya en el puente, Adonais Mirkopoulos ordenó:

—¡Toda vela! ¡Carguen palos!

A medida que el velero acercábase al litoral, iba amaneciendo, y se hacían visibles las figuras de Cosme Biondelo que al frente de cuatro hileras de hombres armados, parecía esperar...

—Soldados, capitán Adonais—indicó, inútilmente, Gregor.

—Es natural. Podríamos ser piratas.

—¿Y si no nos dejan desembarcar?

—Volveríamos otra noche y asaltaríamos el castillo, y dejaríamos bien atados a soldados y aldeanos. Pero la barriga del “Dafné” nadie la vaciará

si no es el capitán Adonais Mirkopoulos. ¡Arriad lancha! Yo sólo tocaré tierra.

Lanzaron anclas a media milla de la playa. Adonais Mirkopoulos remó vigorosamente en dirección a Cosme Biondelo y sus soldados.

Ató reposadamente el remate de proa alrededor de una estaca. Y enderezándose, pisó aplomadamente dirigiéndose hacia el maestre de armas.

En italiano exótico, pero clarísimo, saludó:

—Capitán Adonais pide permiso para hablar con los señores del castillo, soldados.

—Seguidme, señor—invitó Cosme, Biondelo.

Adonais Mirkopoulos echó a andar. De vez en cuando se volvía para mirar con curiosidad a la mujer esbelta y de grácil figura que parecía alucinada mirándole con éxtasis...

Varios soldados intentaron en vano apartar a Inocentina, que en voz baja repetía incesantemente:

—Es él... Vino por el mar, y en sus ojos refulge el verdor del alga marina.

Capítulo VII

ESPERANZA

—Buenas mañanas, don Luys—deseó alegremente Bruyant, entrando en la cámara donde el trovador terminaba de desayunar, servido por Bembo.

—Lo serán si frenas tus osadías, Bruyant.

—Freno y lasco. Hola, Bembo. Tengo apetito. ¡Qué noche, amigos qué noche!

—No es preciso que detalles, gascón.

—Estaré inmediatamente contigo, don Luys, pero antes me espera el escultor.

—¿Quién es éste?

—El papá de la criatura.

—¿Te refieres a Lena?

—Le tengo que contar el embuste para evitar que apalee a su hija. Una obra de caridad.

—No soy puritano ni moralista, Bruyant, pero unos cuantos azotes paternales no le sentarían mal a tu última conquista.

—De acuerdo. Que el enojado Tulio vapulee a Lena. En el fondo, detesto a las mujeres que gozan haciendo rabiar a sus prometidos. ¡Magnífico bocado, Bembo! Me refiero a esta tajada... ¿Por qué estás tan tristón, Bembo de mis carnes?

—Quiere venir con nosotros—aclaró el trovador.

—Que venga... Si hay fuego se le derretirán las grasas.

—Yo soy tu escudero, mi amo. Y cuando estás lejos...

—...mi corazón llora—rió Bruyant.

—Vendrás, Bembo, cuando la muy altísima y serenísima Lutezia me dé venia para traer conmigo escudero.

Camino del castillo que distaba leguas del paraje donde se ocultaba el “Dardo”, explicó Bruyant su aventura nocturna.

—...y le tiene un odio mortal a la pobrecilla Inocentina. He estado pensando, a propósito de la linda hechicera, que si hubiera tinte verde para los ojos, yo...

—Inocentina es como su nombre, Bruyant. Dedícate a otras...

—¿Lutezia?

—Si viuda ,es, como parece, y acepta tu galanteo, nada he de

objetar. Tan sólo indicarte que las aventuras nos salen al paso sin que forcemos al destino. Nos invitaron como juglares. Procura que no nos inviten a subir a un patíbulo.

—Seguro que doña Lutezia debe ser poco amiga de chanzas. Lo tendré en cuenta.

Llegaban a mitad del pronunciado declive que conducía al castillo, cuando surgió Inocentina.

Reconociendo a los dos hombres que se aproximaban, dijo:

—¡Es él!... ¡Está en el castillo, pero no me dejan entrar! ¡Es él! Vino por mar...

—Vimos el velero, Inocentina. ¿Conoces al que lo manda?

—No, pero es el que yo esperaba... Si no me lleva lejos de aquí, me arrojaré al mar... Decídselo así, caballero, ya que hacia el castillo vais. Aquí aguardaré... Y si no me lleva lejos de aquí...

—Acepta mi consejo, Inocentina. No hables así al hombre que has visto y que no te conoce. Él no sabe de tus sueños, y podrías despertar cruelmente como la princesita Lucinda. Yo veré a este hombre, y déjame, por huérfano como tú, aconsejarte. Espera mi respuesta... Tu rostro resplandece de felicidad, y la tendrás, si me dejas como hermano, ayudarte.

—Sí, aceptaré tus consejos...

—No soy la egipcia Martina, ni quisiera que me desoyeras, Inocentina. Este hombre que has visto venir por el mar, si puede hablarte antes de que tú nada reveles, tendrá que quedar prendado de tus hechizos naturales.

—Me amará, porque está escrito en nuestro libro.

—Vuelve a tu casa, Inocentina, y aguárdame.

—Déjame esperarte aquí, caballero.

—Prométeme no hablar con el marino, hasta que yo no te aconseje, si es que él sale del castillo antes que yo.

—Prometo.

Alejáronse los dos.

—Su misma inocencia, la haría parecer descocada a ojos del marino, que puede ser hombre casado o con amores.

—Yo creo, don Luys, que esto se arreglaría fácilmente, si el marino se deja querer, que es lo que ansia Inocentina.

—Tu cinismo desarma por la sublimidad de tu descaro que no es malvado, Bruyant. Pero como consejero de huérfanas, serías el mejor ayudante del Diablo. Bella estampa de castillo... ¿Podré despertar sonrisas en la pálida faz de la princesita Lucinda?

—¿Podré, sin peligro excesivo, despertar sonrisas en la hermosa faz de la tirana Lutezia?

* * *

Lucinda della Sabbia tenía como permanente criada a una joven y robusta aldeana, que cuando niña habia sido autorizada a compartir los juegos de la hija de Lutezia.

A raíz de la escapada de la que creyó en el amor de un capitán aventurero, Giudita la campesina, fué la única compañía que requirió la desventurada.

Y con ella reanudaba los juegos infantiles, con ella tomaba sus colaciones, y en la misma alcoba en dos lechos dormían.

Para Giudita, la princesa Lucinda era una pobrecilla niña vuelta a la infancia, y en Giudita veía Lucinda a la compañera de juegos.

Seguía habitando el torreón, a cuyo alrededor ahora una gran cerca de espinosas plantas, formaba un muro imposible de franquear.

Nadie, salvo Lutezia y Giancarlo, penetraba en aquel recinto donde Giudita cocinaba, lavaba y atendía constantemente a la que privada de su cabal juicio, vegetaba en existencia monótona, y en sucesión de días idénticamente desprovistos de incidentes.

La dura mirada de Lutezia en vano acechaba un retorno a la lucidez de su hija, y el mismo nombre de la princesita parecía un escarnio burlón.

Gustaba de leer ella romances, seleccionados cuidadosamente por Lutezia, donde sólo había hadas, príncipes bondadosos y gnomos exquisitamente predispuestos a solucionar todos los males.

Giudita y Lucinda acostábanse apenas el sol se ocultaba, porque las tinieblas excitaban a la princesita.

La campesina procuraba al atardecer fatigar a su compañera, prodigando las carreras por el jardín del torreón, jugando al escondite, y así, rendida, dormía pacíficamente la enferma.

Y apenas el cantito del gallo resonaba, ambas se levantaban, y por espacio de largo tiempo permanecía Lucinda apoyada en la balaustrada de musgo donde antaño atara su velo trenzado en plata.

Desde hacia unos días, Lucinda repetía sin cesar un nombre:

—Ubaldo, Ubaldo...

Intrigada, Giudita intentó averiguar a quién pertenecía el nombre repetido monótonamente por su amiga infantil.

Un amanecer, Lucinda della Sabbia, frágil, delicada y espiritualizada por su enfermedad de olvido, murmuró una frase que estremeció de alegría a Giudita :

—Sólo Ubaldo Ziani puede devolverme la vida, Giudita.

A la primera ocasión, aprovechando su viaje á las cocinas para surtirse de víveres, Giudita repitió a Lutezia lo que había oído decir

a la princesita.

Y una luz de esperanza inundó el alma de Lutezia, la cual acudió presurosa para tratar de saber quién era el hombre que podía obrar un milagro.

Dijo:

—Sea quien sea, Ubaldo Ziani vendrá, mi querida niña.

—Conozco toda su historia, madre—sonrió ella, puerilmente.

—Házmela saber, para que pueda enviarle mensajeros, si lejos está.

—Está lejos… en Venecia.

No quiso indagar la madre, cómo un caballero veneciano podía ser conocido de Lucinda. A retazos, con titubeos, contó Lucinda la historia del extraño señor Ubaldo Ziani…

Capítulo VIII

HISTORIA DEL EXTRAÑO SEÑOR UBALDO ZIANI

Hacia el año 1500, vivía en Venecia un muy noble y espléndido señor llamado Ubaldo Ziani.

Joven y hermoso, complacíase infinitamente en festejos y frivolidades del mundo, gustando más que ninguno del boato y las joyas, y muy inclinado a las placenteras diversiones.

Librábase a tan vanas prodigalidades, que de no ser tan rico, hubiera prontamente arruinado su patrimonio.

El Dux y el Consejo de los Diez, debidamente informados por sus espías y esbirros que Ubaldo no se preocupaba en lo más mínimo de mezclarse en conspiraciones ni en las intrigas del Emperador, del Papa o del Rey de Francia, sonreían de sus locuras, caprichos, fantasías y bizarras ocurrencias.

Le dejaban libre de arrojar sus ducados a la laguna, si con ello creía dar más lustre y buen renombre a la Serenísima República de Venecia.

Ziani no tenía más inquietud que la de divertirse y avivar sus deseos con el fin de satisfacerlos inmediatamente, con esplendidez.

Y se le hacía ya tan difícil de experimentar algún nuevo deseo que no hubiera ya satisfecho en su opulenta saciedad de todo, que hubiera sido un amargado, a no ser por su gusto jamás saciado de oírse alabar y adular.

Es fácil de imaginar que las damas extremaban el elogio cerca del hermoso joven. Pero pronto, a despecho del ingenio de las bellas venecianas, que sabían variar sus adulaciones, Ubaldo, cansado de halagos demasiado oídos, afirmó sonriente que aun procedente de los labios más arrugados, un elogio imprevisto le sería inestimable.

Era en el Gran Canal donde el Palacio Ziani, de fachada rosa y blanca, de mármoles traídos de Istria, reflejaba su *loggia* de frágiles arcadas, y los florones, lóbulos, tréboles y arabescos de sus balcones calados en pórfido.

Por las ventanas abiertas a las perfumadas brisas, se veían los artesonados ricamente esculpidos, las tapicerías bordadas en oro y plata, realzadas de perlas, los mosaicos de esmalte, de ágata y amatista, los cortinajes de seda escarlata o de satinado carmesí y

mil otros tesoros de lujo.

Frecuentemente, por la noche, flotillas de ligeras góndolas, desembarcaban sobre los peldaños del palacio, enmascaradas patricias, y gentilhombres bellamente ataviados o disfrazados.

Y empezaban músicas, bailes, comedias, intrigas, juegos y galanterías hasta el alba.

A veces también el señor Ubaldo se dirigía, bien al palacio del Dux, bien a otro, donde suntuosas fiestas tenían lugar, pero siempre regiamente escoltado por escuderos, pajes y lacayos que por plazas y muelles, tenían por misión apartar los mendigos importunos atraídos por el renombre de magnífico del señor Ziani.

Dadas las medidas y precauciones que tomaban sus servidores, ampliamente asalariados, el heredero de los Ziani, nunca sabía nada acerca de la miseria ajena.

Una noche en que Ubaldo había prometido visita a Monna Maglia, que era por entonces, su amada, le acometió un fantasioso capricho, fuera por fastidio o por melancolía.

Salió solo, sin séquito, y no en su góndola, sino a pie, por la puertecilla falsa que servía a los criados.

Meditativo, se internó por una callejuela estrecha y solitaria hacia el barrio de la Zecca.

Su presencia, prontamente apercibida, puso en conmoción a todos los míseros andrajosos que pululaban por la Piazzeta.

Aunque anduviera solo, los mendigos, sea por temor, sea por respeto, se mantenían a distancia, saludando humildemente y contemplando con admiración su jubón bordado de finas perlas y su cinto de lazos de oro engarzados de esmeraldas.

Ubaldo salió de sus meditaciones al apercibirse del movimiento realizado por una anciana más atrevida que sus compañeros de mendicidad.

Pero los demás la retuvieron por sus andrajos, la atrajeron hacia atrás, y la advirtieron en voz baja y tímida:

—¡No vayas a pedirle a éste, vieja! Ubaldo Ziani es un señor demasiado opulento para condescender siquiera a contemplar nuestras bajas e inmundas miserias.

Ziani prestó un oído indiferente a estos comentarios. Pero la expresión desesperada, la profunda pena, la muda y suprema plegaria de la mirada azul de la mendiga, le llamaron la atención.

Después de una última vacilación, la vieja se desprendió de los brazos que la retenían y dirigióse rectamente hacia el señor Ubaldo.

El joven, experimentó primero una sorpresa desagradable al ver aquella mano flaca y arrugada rozarle. Después sintió una extraña

confusión…

Conocido en toda Venecia, y gozando de un crédito ilimitado, nunca Ubaldo Ziani se tomó la molestia ni de pagar al contado, ni de llevar escarcela con dinero.

No tenía encima ninguna moneda. Sin embargo, los ojos de la mendiga, le suplicaban con tanta intensidad, que sin conciencia alguna de lo que le sucedía y le ocurría íntimamente, con naturalidad y espontáneamente, arrancó un riquísimo broche que adornaba su cinto, y lo colocó en la mano de la pedigüeña.

Deslumbrada, ella enrojeció y, temerosamente, sin creer en aquella esplendidez, preguntó:

—¿No os burláis de mí, gentil señor? ¿No es para distraeros o por error? ¿Me dais esta espléndida joya digna de un cardenal?

Aquellas preguntas asombraron a Ubaldo, que contestó:

—El broche es tuyo. Te lo doy de todo corazón.

Entonces, la anciana, levantando la mirada, hundió el profundo azul de sus ojos en los límpidos del joven, y después de un silencio fervoroso, con su voz rota por sollozos y sin embargo velada de infinita dulzura, dijo con sencillez:

—¡Gran señor Ubaldo! ¡Sois bueno!

Puso en las dos últimas palabras tanta gratitud y confianza, que Ubaldo, que nunca se había oído llamar “bueno”, estremecióse y se sintió repentinamente rozado, envuelto, mecido como en una caricia indefinible, desconocida, y deliciosa.

Cuando logró desvanecer aquella extraña sensación, la anciana mendiga se había ido. Y siguió pensativo su camino.

Monna Maglia prodigó al joven los acostumbrados mimos, y lentamente enlazados penetraron en la terraza de alabastro que dominaba el jardín y el mar.

Maglia sentóse a los pies de Ubaldo, en almohadones de brocado y tapices de Turquía, y cruzó sus hermosos brazos desnudos sobre las rodillas de su amante.

Viéndole pensativo, liberó de su redecilla sus bellos cabellos, y abandonó sus trenzas a la brisa, levantando hacia el joven su precioso rostro de finura y blancor indecisos en el crepúsculo.

Lo contempló con gran amor.

Ubaldo parecía mirar muy lejos, allá en el mar o en el cielo, algo que Monna Maglia no podía distinguir, y maquinalmente él acariciaba la sedosa y perfumada cabellera de la veneciana.

Entonces, para atraer su atención, la joven le cogió la mano y jugando con los dedos, empezó a darles vueltas en tenues caricias.

—Lleváis hermosísimos anillos, mi señor. Las gemas destellan

con fuego incomparable. Tenéis todos los talismanes, desde la pálida esmeralda que permite conocer el porvenir y la amatista que preserva de las violentas pasiones, hasta el amarillo topacio que evita las pesadillas.

Ubaldo Ziani interrumpió a la supersticiosa con una entraña pregunta:

—No os extasiéis mirando estas piedras, Maglia. Pertenecieron a otros muchos antes que a mí, y después pertenecerán a otros muchos. Pero fijaos en mi mano y decidme si no veis en ella algo insólito.

—No, en verdad. Vuestra mano es blanca y suave como siempre lo ha sido.

Ubaldo suspiró, y dijo, cansadamente:

—Comprendo ya que nuestra carne es para nuestra alma una prisión muy obscura que absorbe implacablemente toda la luz de vuestros pensamientos. Esta mano, Maglia, debía aparecer a vuestros ojos mucho más bella que antes, porque hoy, por vez primera, ha dado limosna.

La bella veneciana no se preocupó de profundizar en lo que creyó chanza, y sabiendo que su amigo, como muchos otros afortunados patricios, tenía el ánimo propenso a extravagancias, buscó tan sólo la manera de quitar la melancolía de los pensamientos del joven.

Se enderezó un poco y, pasándole graciosamente los encantadores brazos alrededor del cuello, quiso alcanzar sus labios:

—Os amo, Ubaldo y sois para mí un preciado tesoro.

Ziani cesó en su búsqueda de lo invisible en el cielo y sobre el mar. Posó la mirada en la encantadora, y le preguntó:

—¿Y por qué me amáis, Maglia?

—Os amo porque sois el patricio más valiente, más bello, más arrogante y magnífico de toda Venecia. Os amo porque diestramente, sin esfuerzos, domáis en el Lido los salvajes corceles, montándolos como un joven dios. Os amo porque vuestro acero entre el relámpago de las espadas culebrea como una salamandra en las llamas. Porque bailáis con la gracia y la agilidad de un atleta y porque en las más fuertes orgías permanecéis pálido, impasible y mudo, mientras los otros enrojecen de embriaguez, se agitan con violencia y lanzan bestiales gritos. Os amo porque ninguna dama os aventaja en el conocimiento de las piedras y atuendos, ni sabe ningún caballero vestir mejor que vos. En fin, os amo porque las otras mujeres os adoran y me envidian porque me adoráis.

—¿Y tan sólo por esto me amáis?

Y añadió, velando el reproche con tono amable:

—Para gustarme, Maglia, me predigáis los halagos corrientes de los cuales hombres de mi clase nos mostramos ávidos. Sin embargo, deberíais saber que muchas mujeres antes que vos y con la misma finalidad de gustarme, me murmuraron estas mismas palabras que acabáis de pronunciar. Sinceramente, yo no sé ni recuerdo cuál fuella primera que así me habló. Tales elogios, por mas vanidoso que yo sea, no me causan ya el menor placer; caen en mis oídos como gotas de lluvia en las lagunas. Y no obstante, hay una palabra suave que sólo una vez me han dicho y que me ha hecho estremecer en lo más íntimo de mi ser, y esta palabra me ha causado tanta sorpresa como gozo. Adivinadla, Maglia, y decídmela. Murmurada por vuestros labios en flor, me producirá ahora menos sorpresa y más goce.

Maglia desanudó sus lindos brazos, sentóse sobre los almohadones, bajó la cabeza y se recogió.

Pero guardó silencio, ya que agotando todos los elogios preferidos por los patricios, no imaginaba cuál podía ser aquel que deseaba Ubaldo.

Aunque Ziani tuvo piedad de los inútiles esfuerzos de la joven, también le entristeció que ella no supiera encontrar la mágica palabra.

Y murmuró, suspirando:

—Frívola; Maglia. Bastaba con que me dijerais que yo era bueno.

Maglia estalló en alegre carcajada.

—Os burláis de mi candor, ser Ziani, y ahora reconozco vuestra exquisita y acostumbrada ironía. ¿Que le importará a un señor como vos el ser o no bueno?

Ubaldo, con inquietud en la mirada, preguntó:

—¿No creéis, pues, que yo sea bueno?

Viendo ella que Ubaldo no manifestaba ninguna intención de bromear, cambió de tono:

—Sin duda, señor, sois tan bueno como conviene serlo. Poseéis esta cualidad por la infalible razón de que las poseéis todas. Pero yo os pregunto, ¿ en qué esta virtud vulgar y común podría añadir nada al esplendor de vuestra existencia? ¿Y quién ha sido la persona que ha imbuido en vuestro cerebro esta ridícula manía?

Ubaldo dijo gravemente:

—Es una anciana mendiga de la Piazzetta.

Volvió a reír Maglia, pero esta vez con despecho :

—Seguramente por un cumplido tan raro le daríais un puñado

de oro, y en verdad; que ahora los aduladores están baratos. Si ser bueno consiste en vaciarse el bolsillo, sois lo bastante rico para practicar esta virtud con mucha facilidad. Os podéis pagar este lujo y ser el más bueno de todos los patricios. Regresad a la Piazzetta, arrojad vuestro oro sobre las losas y oiréis un coro de voces que os prodigará el elogio que es hoy vuestro favorito. Pero no esperéis jamás que una dama de mi categoría os diga lo que os dijo una vieja miserable.

Ubaldo, sin hacer caso del enojo de su amante, se levantó y abandonó la estancia.

Mientras andaba, una sola preocupación atormentaba su espritu:

"Por mí mismo, muy poco conozco de las cosas. De los otros sólo oigo adulaciones y falsedades. ¿Cómo, pues, sabré nunca si la vieja mendiga me mintió?".

Los días siguientes, esta última pregunta fue la obsesión de Ubaldo Ziani. A instantes le sonaba a deliciosa música el imprevisto elogio de la anciana, pero la carcajada de Maglia estallaba en sus oídos quebrando el sortilegio.

Esperó varias veces solo y por mucho tiempo en la Piazzetta. Recorrió sin escolta los callejones obscuros y húmedos y los barrios bajos, con la esperanza de encontrar a la anciana.

No la encontró.

Pensó entonces que habiendo vendido el broche tenía ya suficiente dinero para vivir sin mendigar.

Y, por lo tanto, ya no tenía posibilidad de saber jamás si la palabra que le había causado tanta sorpresa y gozo, procedía de un convencimiento o de un agradecimiento banal y pasajero.

Sin embargo y recordándola, continuaba dando limosnas a los andrajosos y acechando en vano en sus exclamaciones o en sus pupilas, aquella expresión de infinita gratitud que en la mirada y la voz de la anciana le habían trastornado.

Comprendía que en aquella inútil búsqueda iba perdiendo poco a poco su despreocupación y su gusto instintivo por los lujosos vestidos, el placer y los extravagantes galanteos.

Pero aquella quimera estaba tan arraigada en su corazón, que sólo la idea de tener que renunciar a ella, le sumía inmediatamente en honda melancolía.

Con esta sensación de vacío y desesperanza, doblaba cierta noche la esquina de la Zecca para dirigirse a la mascarada que tenía lugar en el palacio Garzoni, cuando sintió que una mano rozaba tímidamente los vuelos de su capa.

Volvióse y la sangre afluyó en su corazón cuando reconoció a la

anciana mendiga.

Retrocedió ella dos pasos y humildemente permaneció en silencio. Vió Ubaldo que no estaba sola. Otra mujer muy pálida pero joven y vestida también muy pobremente, parecía querer ocultarse en la sombra de los soportales.

—No me temas, acércate—dijo Ubaldo, con una amabilidad de la cual él mismo fué el primero en extrañarse—. ¿Quieres pedirme algo y fué insuficiente lo que conseguiste por el broche? Habla; estoy dispuesto a sacarte de penas, pero ten cuidado de no darme las gracias como la otra vez con una palabra banal. Bien sabes cuál es mi riqueza, y para mí el darte el broche fué como para otro echar una miga de pan. Ahora bien, tu elogio venció a todos los que hasta entonces me hicieron. Imagínate que presté fe a tu palabra, y puedes figurarte la absurda presunción que significaría el que por un hecho de tan poca importancia me hubiese creído un hombre bueno.

La anciana elevó su mirada profunda y como la vez primera repitió con su débil voz.

—¡Señor Ubaldo Ziani! ¡Sois bueno!

Y como la otra vez, Ubaldo Ziani se estremeció y aquella palabra tanto tiempo esperada reavivó en su corazón el dulce recuerdo.

La anciana volvióse entonces hacia su pálida compañera; la animó a adelantarse con un gesto, diciendo con el mismo tono y acento de ferviente convicción:

—He aquí al que aliviará tu pena.

Llorando, la joven se arrojó a sus plantas y le contó su infortunio. Su marido y sus tres hijos vivían pobremente con ella del producto de la pesca y de remendar redes. Para colmo de miseria y como resultado del levantamiento de los mercenarios suizos y de la inesperada incursión de los turcos, el Consejo de los Diez acababa de decretar una leva. Su marido Bronzo Marini, inscrito como hombre de mar, debía, si no encontraba sustituto, embarcar al día siguiente en una galera del Estado. La expedición era considerada tan peligrosa que a ningún precio, ni siquiera entregando barca y redes, ningún hombre por pobre que fuera quería ir a la guerra contra los turcos en lugar de Bronzo Marini.

Ahora bien, si el marido se iba, ¿qué iba a ser de ella y de sus hijos?

—Encontrad al sustituto—dijo Ubaldo Ziani—y pagaré la cantidad que exija, sea la que sea.

La mujer sacudió la cabeza cansinamente:

—Las gentes que nos rodean son tan pobres como nosotros

mismos, pero yo no conozco a ninguna madre, ninguna hermana, ninguna esposa, que esté dispuesta, aun a cambio de una montaña de oro, a entregar su hijo, su hermano, su esposo a una muerte casi segura. Además, el tiempo apremia. Es mañana al amanecer cuando en el puerto San Nicolo, mi marido ha de embarcar. Daos cuenta, pues, generoso señor, que no hay remedio si vos con vuestra poderosa influencia no obtenéis que mi marido sea tachado del rol de embarque.

Aunque nunca se hubiera ocupado de política, Ubaldo conocía bastante el espíritu del Consejo para darse cuenta de los inconvenientes y hasta de los peligros que entrañaba para él, inmensamente rico y conocido, una petición de tal clase.

¿Cómo hacer comprender y admitir que un simple deseo caritativo impulsaba a tan noble señor a interceder por un miserable pescador?

La sombría autoridad de los Diez vería seguramente en su petición una tentativa ambiciosa, un intento de popularidad, una etapa hacia un papel político.

Reflexionando en la sospecha de que su petición, aun rechazada, levantaría sobre él, Ziani permanecía mudo, con los ojos fijos en el suelo y sin saber qué responder.

Por pura compasión intentó tranquilizar a la joven y le dijo, con amable cortesía:

—Secad vuestras lágrimas, niña. Yo os prometo pensar durante toda la noche, si es preciso, y sacar a vuestro esposo de este laberinto. Espero conseguirlo. Y tened la seguridad de que no son promesas vanas. Repetidme tan sólo el nombre de vuestro marido.

—Bronzo Marini, mi buen señor.

La joven se levantó sin atreverse a insistir más. En aquel momento, Ubaldo Ziani volvió la cabeza como atraído, y sus ojos se encontraron con los límpidos y azules de la anciana mendiga.

Leyó en aquella mirada una plegaria tan ardiente, que sus vacilaciones se disiparon como por milagro, y percibió su decidida voluntad de salvar a Bronzo Marini.

Sordo a las palabras de gratitud de la joven, Ubaldo desanduvo el camino bruscamente y, sin pensar ya en la mascarada del palacio Garzoni, fué a sacudir el aldabón del noble Piero Grimani, senador y antiguo asesor de la familia Ziani.

A las primeras frases de su joven amigo, Piero Grimani frunció el ceño y su arrugada mano estiró nerviosamente su barba blanca.

A la que Ziani terminó de hablar, replicó el senador:

—Habéis cometido una gran imprudencia, Ubaldo, ya sea por

capricho o por presunción de vuestra influencia, o bien por pura filantropía, al prometer tan necia ayuda. La lista de los hombres designados para embarcar ha sido discutida y decidida por los propios Diez. Una petición de exención, apoyada por un nombre tal como el vuestro, dará lugar, entre el populacho, a mil comentarios de los que el menor y más inofensivo sería subrayar la injusticia del decreto. Desde hace unos días, por una nueva fantasía cuyo móvil me escapa, pero que otros senadores interpretan muy mal, vuestras prodigalidades no aprovechan más que a los pobres. Les arrojáis cequíes y ducados en arroyos. Pueden los Diez interpretarlo como una intención de atraeros al pueblo. El Consejo está siempre muy dispuesto a alarmarse. Bastará que una mala y falsa insinuación, dé lugar a sospechas, y se habrá acabado vuestra seguridad. Vuestra inexplicable intervención a favor de ese humilde pescador os causaría de golpe todo el mal en que no han pensado aun vuestros enemigos. Creedme, mi querido Ubaldo, seguid conservando esta independencia tan envidiable, y dad para ello vuestro oro a los orfebres, a los joyeros, a las mujeres... ¡pero no a los pobres! Sed extravagante, haced mil locuras, entregaos a bacanales, pero dejad a Bronzo Marini que embarque en la galera.

El sensato consejo de Grimani confirmaba muy claramente las propias aprensiones de Ubaldo, para que hiciera objeción alguna.

Y, sin embargo, despidiéndose del senador, su resolución no era menos firme. Quería justificar la confianza de la anciana.

Y pensando en resolver este asunto, encontró una solución. Enviaría a uno de sus criados en lugar de Bronzo.

Regresó a su palacio. Aunque era tarde, sus escuderos y sus lacayos, en alto las antorchas, lo esperaban bajo las bóvedas al pie de la escalera.

En contra de su costumbre, Ziani se detuvo delante de ellos y les habló familiarmente:

—¿Quién de vosotros quiere ganar mil ducados de oro?

—¿Qué hay que hacer, Magnífico?—exclamaron todos a la vez, en ávida pregunta.

—Nada que no sea fácil y honroso. Bastará que uno de vosotros vaya al encuentro del proveedor de la marina y se inscriba en el rol en lugar de Bronzo Marini, a quien el decreto designa para ir a la campaña contra los turcos.

A los oyentes les pareció exquisita la broma. Encantados de encontrar a su señor en tan buen estado de ánimo, escuderos y lacayos estallaron en carcajadas.

Ubaldo se impacientó:

—Realmente he ofrecido una cantidad despreciable y sólo es en esto donde está la broma. Pagaré cinco mil ducados oro.

La proposición fué acogida con un profundo silencio.

Ubaldo taconeó violentamente las losas y cogiendo por la oreja a su bodeguero Giotto, que estaba cerca de él, lo apostrofó:

—Tú, por ejemplo, verraco panzudo y pesado, ¿por qué no irías a bordo de la galera del Dux a recobrar forma humana? A tu regreso, te pagaré a tasa de rey, las onzas de grasa y sebo que hayas perdido.

Sorprendido, Giotto balbució con ingenua desfachatez:

—Pero mi delicioso señor, esos cinco mil ducados los puedo ganar muy agradablemente al servicio de Vuestra Gracia, sin perder un gramo de mi confortable carne. ¿Y de qué me servirían cien veces cinco mil ducados, si los turcos me decapitan o me atan al remo, o si mucho antes de que pongan sus infectas manos sobre mí, reviento de mala peste en la putrefacta sentina de la galera?

Aclamado por unánime aprobación, aquel irrefutable argumento desarmó a Ubaldo Ziani.

Empujó, con bastante rudeza, al bodeguero, y, ascendió rápidamente la ancha escalinata de mármol, cerrando la puerta de sus habitaciones en las narices de su escolta, y permaneció la noche entera meditando, hundido en su sillón de alto dosel.

Al alba, mortificado por su impotencia, y no sabiendo cómo su orgullo soportaría la decepcionada mirada de la anciana, Ziani juzgó que sería mezquino e indigno de él, permanecer apaciblemente en su palacio y dejar a Bronzo Marini embarcarse.

Lo menos que podía hacer era avisar a la joven, anunciándole su fracaso y darle consuelo mientras zarpara la galera.

Echó una capa sobre sus hombros y alcanzó el puerto de San Nicolo.

Sentado tras una mesa, el escribano de los proveedores de la marina iba llamando, e inscribía a los hombres que se presentaban voluntariamente unos, traídos a la fuerza otros.

Se les empujaba después hacia una estrecha y larga pasarela, donde, sino avanzaban de buen grado hacia el puente de la galera, los esbirros los azuzaban con la punta de sus picas.

Ubaldo nunca se había levantado lo bastante pronto para presenciar aquel espectáculo, divertido y pintoresco a los ojos de los nobles y ricachones que se sabían al amparo del rigor de los decretos.

Consiguió abrirse paso hasta la mesa del escribano. En el espacio libre que los esbirros formaban alrededor de la mesa, el joven

reconoció junto a un hombre sombrío y hosco, la joven llorosa de la noche anterior.

Al verle, ella lanzó un grito de alegría.

—¡Maestro!—exclamó, dirigiéndose al escribano—. No inscribáis a Bronzo Marini. He aquí al noble y poderoso señor Ziani que os dirá, algunas palabras a este efecto.

Pero la expresión de Ubaldo traicionó tan claramente su fracaso y su tristeza, que la joven adivinó la mala noticia.

Palideció de angustia. El joven patricio, no pudiendo soportar la vista de tanto dolor, se volvió con viveza.

Fue entonces cuando su mirada captó la azul de la anciana mendiga, que estaba tras de Bronzo.

Y aquellas pupilas azules penetrándole, le hablaban tan dulcemente y con tanta confianza, que repentinamente el semblante de Ubaldo Ziani se desarrugó, y una inefable serenidad le llenó el corazón.

Concibió instantáneamente que le era imposible traicionar la fe sublime que aquella anciana tenía en él, y entonces la idea, tan en vano buscada la noche entera, se le apareció sencilla, luminosa y magnífica.

En el mismo instante en que, con voz irritada y por segunda vez, el escribano llamaba a Bronzo Marini, Ubaldo avanzó, apoyó sus dos manos en la mesa e inclinando su bello semblante sonriente hacia la roja nariz voluminosa del funcionario, declaró, irónicamente:

—Honorable escribano; si no os resulta muy fatigoso, rascad con vuestros garabatos e inscribid mi nombre en lugar del de Bronzo Marini. Yo lo substituiré en la galera.

El escribano, boquiabierto, y colgantes los brazos, parecía estar clavado por un rayo en su escabel.

Y aquella actitud de sorpresa pareció divertir a Ubaldo Ziani.

—Inscribidme, maestro, y muy claramente. ¿No habéis oído decir que soy muy caprichoso? Pues hoy mi capricho consiste en despellejar cuantos turcos pueda.

Y dejando a los esbirros, al escribano y a sus oyentes, pasmados de estupor, Ubaldo Ziani saltó ágilmente a la pasarela, y aun con más ligereza de la pasarela al puente de la galera.

Capítulo IX

VIDAS EJEMPLARES

A medida que Lucinda della Sabbia iba relatando la extraña historia de Ubaldo Ziani, el rostro de Lutecia iba modificándose, pasando de la más alegre esperanza a una triste melancolía.

Giudita no sabía leer... pero sí Lutezia. Y en un almohadón veía un manuscrito que sobre su cubierta de terciopelo tenía bordadas en pacientes letras afiligranadas:

“VIDAS EJEMPLARES”

Lo cogió y, disimuladamente, mientras fingía escuchar con atención, abrió la cubierta.

En la primera hoja de rico pergamino, decía:

> *“Bellos romances que si no fueron pudieron ser, y si no son, dejan suave paladar a quien las leyera. Y sabed, quienes me leáis, que más vale lectura provechosa y ejemplar, que perder tiempo y pestañas leyendo necias aventuras sin moraleja. Yo, el licenciado Pedro Cabra, las escribí en mi celda y en arrebatos de insana creencia de la bondad humana, enfermedad rara que, desgraciadamente, no es contagiosa.*
> *"Córdoba, la Jalifa; Córdoba, la señera, en este año de gracia de mil quinientos dos. Y quien quiera saber cómo terminé, sepa que por bueno y poeta, acabé sin una peseta”.*

“Un pobre loco”, meditó Luteziá, y ahora prestó atención, porque a su pesar la interesaba la narración de... lo que sucedió o pudo suceder.

Contrariamente a las sombrías conjeturas del noble Grimani, sucedió que la fantasiosa conducta de Ubaldo no dió lugar a ninguna sospecha de visos políticos, sino que pasó por ser el más imprevisible y original de los caprichos.

Su decisión produjo sonrisas en ellos, y en las damas,

comentarios de que era un rasgo romántico y encantador.

Estimaron gran valentía que, hastiado de serenatas en góndola, y de intrigas de mascarada, aquel afortunado señor se arriesgara a gustar las emociones de la guerra.

El favor que gozaba Ubaldo Ziani cerca de la dogaresa y las bellas patricias aumentó considerablemente. Era el héroe del día.

Muchos jóvenes, envidiosos de las alabanzas que sin cesar oían acerca de Ziani, se picaron de amor propio y se apresuraron a fletar galeras contra el turco.

Reunióse así una flota, sin gastos para el Estado y mucho más numerosa y fuerte que lo hubiera esperado el Consejo dada la crisis económica que atravesaba y que no imaginaban los estados enemigos.

Atacados los turcos por la galera en que iba Ubaldo, creyeron fácilmente abordarlo. Y apenas se disponían a atacar, cuando fueron cercados por las demás galeras que acudían.

El encarnizado combate produjo una total derrota en los turcos y la expedición fué tan corta como decisiva.

Ziani obtuvo un verdadero placer de aquella navegación. La disciplina de una existencia tan distinta, el régimen sobrio de a bordo, la brisa sana del mar, renovaron su vigor. Su buen humor le valió la sencilla y franca camaradería de los hombres de mar. Y le trataron con miramientos.

Aunque reclutado como sustituto de un simple marinero, un veneciano de la categoría y cuna de Ziani no podía ser obligado a menesteres rudos.

En el abordaje prodigó los tajos y mandobles en la masa de heréticos como un valiente ciego.

Y como aun en pleno combate, los gestos de un gran señor no podían pasar desapercibidos allí donde el pobre Marini apenas hubiera salvado la piel, Ubaldo Ziani consiguió gloria.

Sin embargo, sin sentimiento de nostalgia, vió que la galera del Estado, pesada por el botín, abandonaba la alta mar para singlar hacia su amada patria. Después de aquel desahogo físico, comprendía que el reposo en la calma y el silencio de su suntuoso palacio le producirían por contraste un encanto nuevo.

El octavo día después del victorioso combate, los jóvenes nobles de Venecia, con Ziani a la cabeza, desembarcaron solemnemente en el muelle de los Esclavones.

La muchedumbre no se mostró tan compacta ni entusiasta como esperaban. Por mucho tiempo buscó Ubaldo entre los grupos, a Bronzo Marini, su mujer y la anciana mendiga de la Piazzetta. No

los vió.

Aquella desilusión no produjo en su espíritu ninguna amargura ni sospecha de ingratitud.

Se separó de sus compañeros disimuladamente y se dirigió a su morada, extrañádose cada vez más de la soledad y el silencio de los muelles, de la actitud mortecina y preocupada de los que apresuradamente transitaban por las calles.

No había aun franqueado el umbral de su palacio cuando sus lacayos, pálidos y consternados, le dijeron que la peste asolaba Verona, Vicenze, Trento y Padua.

Si bien se conservaba la esperanza de salvaguardar Venecia, aislada en medio de las lagunas y purificada incesantemente por la brisa marina, el Consejo de los Diez había dictado severas instrucciones concernientes a la cuarentena.

Debido a este decreto, ningún extranjero procedente de tierra firme, podía penetrar en la ciudad.

La alarma se interponía tan intempestivamente en los propósitos de holganza y jolgorio que se había hecho Ubaldo Ziani, que cierta irritación incomodó su descanso.

Después de vanos esfuerzos en busca del sueño, saltó del lecho y se decidió a investigar cerca de Piero Grimani la veracidad de lo que le habían dicho sus lacayos.

Apenas cerraba tras él la pesada puerta del palacio, cuando una mujer velada y una joven, sentadas en los peldaños de mármol, se levantaron a la vez.

—He aquí al señor Ziani—dijo una voz que hizo estremecerse a Ubaldo.

Y la joven le saludó con gran respeto. Afligida, con las mejillas sin color surcadas por lágrimas, se golpeó el pecho y habló entre grandes sollozos:

Su padre, que con ella había venido de Fusina la víspera del edicto, a su llegada había sido preso de náuseas y temblores, su lengua tartajosa hablaba incoherencias y con las piernas de pronto vacilantes, había visto aterrorizado como su piel se moteaba de manchas amarillas. Los cuidados más cariñosos no habían podido conjurar y detener el progreso del mal, y el anciano acababa de rendir el último suspiro.

Como el cadáver presentaba síntomas de peste, los vecinos, sin piedad para aquella joven forastera, se apartaban cobardemente. No solamente ninguno de ellos consintió en ayudarla para amortajar el cadáver, sino que todos pasaban corriendo delante del umbral y huían a su aspecto.

En el estado de sorda alarma en que se hallaban los ánimos, el rumor de aquella enfermedad podía provocar desórdenes graves y desencadenar los horrores del pánico.

Sin embargo, aquel desgraciado difunto no podía permanecer abandonado. Había en ello no solamente peligro para los vecinos, sino para todo el barrio y para toda la ciudad, ya que la plaga que asolaba el litoral se propagaba con una rapidez asombrosa.

Y la desgraciada joven no podía resignarse a entregar los restos venerables de su padre a brutales sepultureros que arrojarían el cuerpo al mar.

Bastaría, para conjurar estos peligros, encontrar una góndola y depositar en ella el muerto para transportarlo con la joven a Fusia, donde los hermanos y parientes esperaban y no rechazarían el deber de enterrar en suelo cristiano al difunto.

Ubaldo, instintivamente, tuvo un respingo de repulsión y contestó, con impaciencia:

—En verdad, niña, ¿qué puedo yo hacer y por qué te diriges a mí? Cualquier robusto gondolero de Venecia es el indicado para prestarte este servicio. Si tu padre ha muerto realmente de la peste, ¿porqué me ofreces el correr un riesgo ante el cual todos retroceden?

Entonces, la mujer velada descubrió su rostro, y dijo, gravemente:

—Porque en toda Venecia no hay más que vos, Ubaldo Ziani, cuya bondad y compasión estén por encima de todos los terrores humanos.

Y el joven, sin divisar los ojos de la anciana mendiga, se sintió envuelto en la infinita dulzura de su mirada, y percibió que en sus palabras vibraba tan confiado fervor, que toda repulsión física y todo temor egoísta se esfumaron de su alma.

Una fuerza, una exaltación misteriosa le hicieron decir:

—Niña, sube en una de estas góndolas que me pertenecen; desátala y condúceme hacia tu padre.

El mismo saltó a la popa, se apoderó del remo y la barca deslizóse silenciosamente por el canal.

Por turnos la anciana y la joven le indicaban la dirección que debía seguir y, por fin, abordaron un muelle desierto.

Habiendo reflexionado, Ziani cogió una tablilla y a la luz de una linterna, escribió concisamente a Grimani lo que iba a hacer, rogándole que avisara inmediatamente al Consejo y le enviasen a Fusina la orden que podía concernirle en el caso en que, atacado por el mal, su retorno a Venecia fuera considerado peligroso.

Entregó el mensaje a la anciana, diciéndole que lo entregara en propia mano al senador Piero Grimani.

Y siguió a la joven por un callejón negro, húmedo y solitario.

En la estancia mortuoria, Ubaldo sintióse apesadumbrado a la vista de la miseria y del abandono en que yacía el cuerpo.

La piedad le rozaba con una embriaguez tan generosa que, sin pensar en sí mismo, levantó entre sus brazos el cadáver rígido y gélido, y lo condujo hasta la góndola.

Lo extendió sobre una alfombra de juncos trenzados y lo recubrió con su capa.

La joven se sentó en la proa y remando con fuerza, Ziani atravesó la laguna para alcanzar el mar libre.

Las siluetas de las cúpulas y de los campanarios se adelgazaron en el horizonte para desaparecer lentamente entre una bruma vaporosa.

El joven arrojó una última mirada melancólica sobre la ciudad encantadora donde había vivido horas tan deliciosas.

Evocó las rubias cortesanas, las bellas patricias, las locas mascaradas, las danzas voluptuosas al compás de las olas y se preguntó si volvería nunca a gozar de aquellos fugitivos placeres.

Pensó que pletórico de juventud abandonaba pronto su ociosa existencia de frivolidades; y su corazón se acongojó, no de amargas añoranzas, sino de dulce melancolía.

Venecia ya no era más que una confusa isla de ensueño, un vapor de brumas e ilusión, una nube flotando a flor de agua. Y a medida que se alejaba le parecía también que su pasado se velaba, se perdía y que nunca había sido el poderoso y envidiado Ubaldo Ziani.



Atravesé la laguna para alcanzar el mar...

Cuando ya no distinguió nada, Ubaldo miró hacía el cuerpo extendido delante de él, en la góndola. Arrodillada, la joven había levantado la capa para cruzar piadosamente los brazos del muerto sobre su pecho.

Después de haber contemplado los rasgos de su padre, ella

volvió a colocar la capa para ocultar a Ziani aquel rostro lívido y sin vida.

Pero el joven le dijo, con dulzura:

—Descubre esa faz, niña. No dudes que los ojos de los muertos, a través de sus cerrados párpados, admiran el esplendor de estrellas que no vemos nosotros.

Y él mismo, casi con ternura, contempló largamente el semblante lívido y yerto.

Sólo entonces se le ocurrió que el exilio que pudiera ordenar el Consejo era el menor de los riesgos que corría. Sólo entonces pensó Ubaldo Ziani que probablemente moriría.

Quizá tal vez sobre su jubón contaminado por el contacto del cadáver la peste iba extendiéndose invisible, deslizándose por entre bordados y pajuelas, corriéndole por la piel, penetrándole en músculos y huesos.

Y muy posiblemente el frío que ahora le hacía tiritar no era debido al frescor de la noche, sino al aliento glacial de la muerte.

Sin embargo, el estremecimiento que hacía vibrar su carne no alcanzaba a su corazón, siempre ardiendo de generosa compasión.

La Evocación de su cercano final, que le hubiera asustado entre las delicias de su palacio, ahora, delante de aquel anciano inmóvil y sereno, en aquel silencio extraordinario, entre aquel mar inmenso y el cielo ilimitado, sólo le causaba una sensación de paz y resignación.

Comprendió claramente entonces que no era más que una criatura ínfima en el universo, sometida, como todas, al misterio del destino.

En aquella góndola perdida entre dos infinitos, se le revelaba de pronto la imagen demasiado frágil de la existencia humana.

Aquella joven que nada sabía del mundo y que rezaba con el consuelo de una fe; él, sabiendo ya bastante para dudar, perdida la fe, ¿no iban juntos, inexorablemente, hacia la nada, donde parecía conducirles aquel muerto que ya no sabía nada de todo cuanto había aprendido?

En esta profunda meditación, en aquella impresión de suprema inanidad, Ziani quedó ensimismado, abandonando la góndola a las olas y a la brisa.

De pronto, la joven, para llamar su atención, murmuró sus plegarias en voz más alta.

Y en lejana remembranza, Ubaldo reconoció las palabras que él había aprendido siendo niño entre los brazos y en el regazo de su madre.

Elevó la mirada desde el rostro del muerto al de la joven, recordó que era el único protector de aquella huérfana y que ella esperaba la salvación de él hasta tanto que no hubiese terminado con su obra de caridad.

El sentimiento de su deber avivó un pensamiento: no sólo la salvaba a ella sino que allá a lo lejos, adormecida entre las brumas nocturnas, la ciudad bienamada le debería su salvación, y nunca lo sabría.

Un orgullo noble le acometió al pensar en su ignorado sacrificio desprovisto de gloria, realizado en la sombra y con la sola sanción de su conciencia satisfecha.

Y una inefable alegría invadió al que de nuevo remó con ardor y, oyendo la voz de la joven, maquinalmente, rezó con ella.

Al ritmo de la oración, el joven remaba sin cansancio y con un vigor sobrehumano. Al alba se dibujó la orilla, donde la joven indicó el lugar en el que debía abordar.

Atracada la barca, ella saltó y desapareció entre los altos tallos de las hierbas, regresando poco después acompañada de sus parientes, que con mucha devoción se llevaron al difunto.

La huérfana asió la mano de Ziani, y él sintió sobre su fría piel el roce de dos labios entibiados por la reciente plegaria.

Y el sombrío y grave cortejo se alejó. Solitario, sentado en un peñasco, acechó Ubaldo la llegada de una góndola del Estado.

La espera fué menos larga de lo que suponía.

El temor de su regreso, considerado peligroso, Había apresurado la decisión del Consejo. Pronto Ziani reconoció de lejos en el pabellón de una góndola las armas de Venecia.

A sus reiteradas llamadas, un agente emisario, sin querer acercarse, le arrojó en el limo de la orilla un mensaje sellado, y la góndola del Estado se alejo a toda prisa.

El joven recogió, firmadas por Grimani, unas palabras paternales reprochándole su nueva extravagancia, y también, con el sello de los Diez, una orden de destierro en la isla San Clemente.

Se le prohibía abandonar la isla hasta que, cesando el peligro de contagio, le fuera dado el permiso para regresar en nave del Estado..., siempre y cuando lógicamente, en la hora en qué le llegase esta orden, no estuviera ya difunto y enterrado, víctima de la peste.

Ya sea que el anciano no muriese de consecuencias de la peste o que la joven se hubiese alarmado a destiempo; visto que ninguna defunción por peste fuese comprobada en Venecia, ya sea que por su juventud y vigor Ubaldo Ziani resistiera la perniciosa influencia,

lo cierto fue que no experimentó ningún malestar físico.

Transcurridos cuarenta y dos días en su destierro, experimentó una infantil alegría cuando llegó la autorización de embarcar sobre una galera del Estado, que a la mañana siguiente vendría a buscarle.

Esperó con impaciencia, y, por fin, apareció la galera. A medida que la divisaba mejor, una viva emoción hacía latir apresuradamente su corazón, y pronto no le quedaba ninguna duda.

Aquel navío, empavesado con el León Adriático en la popa, aquella tienda de terciopelo púrpura con el escudo de Venecia bordado en oro, aquel navío donde los heraldos hacían sonar sus cobres y que estaba rodeado por numerosas góndolas, era el "Bucentauro", la galera personal del Dux.

Las sensaciones más agitadas y las suposiciones más locas se adueñaron de Ubaldo. Una campaña Contra los turcos, una noche desafiando la muerte más horrible, seis semanas de soledad, habían domado suficientemente su amor propio para que lo imaginara todo menos que aquel bajel engalanado hubiese venido para recogerle.

Y, sin embargo, se convenció que así era cuando, al pisar la cubierta, se vió rodeado y ovacionado por una entusiasta muchedumbre que lo empujó y llevó hacia la popa, donde, bajo el dosel, reconoció al Dux y a la rubia Dógaresa, y detrás de ellos a Piero Grimani con muchos señores y damas.

Y en medio de aquel lujo que le era familiar, Ubaldo recobró pronto su soltura de antaño. Se sentó en el escabel que por merced excepcional el Dux hizo colocar a su lado, y contestó con gracejo a las preguntas.

Su Señoría terminó la entrevista con un breve discurso que pronunció en voz alta con el propósito de que todos lo oyeran:

—Ubaldo Ziarti, al venir yo mismo a buscarte en mi galera ducal con mi noble esposa y los más ilustres personajes de mi Estado, he querido testimoniarte solemnemente la estima y la gratitud de nuestra patria. Una vez ya supiste vencer el peligro que nos amenazaba al enrolarte voluntariamente para luchar contra los turcos. Estimulados por tu valiente ejemplo, nuestros jóvenes patricios desdeñaron los placeres que son gratos a la juventud, y, al igual que tú, no pensaron más que en salvar la Patria a riesgo de sus vidas. Pero si la gloria a pleno sol es hermosa, mucho más grande y sublime me ha parecido tu heroísmo por el cual cierta noche, solo y sin esperar alabanzas, sin saber siquiera si podrías sobrevivir a tu sublime acción, recogiste entre tus brazos un cadáver contaminado, y, frente a frente con la fea muerte, te lanzaste al ignoto mar para

arrancar de Venecia el germen de la infección.

Estas palabras fueron coronadas por el murmullo aprobador de todos los oyentes, y hubiesen parecido a Ubaldo muy halagüeñas si no conociera la debilidad de Su Señoría por oírse hablar; cuando el Dux calló, muchas miradas penetrantes de senadores y miembros del Consejo se clavaron en el rostro del joven para sorprender una expresión de orgullo o de ambición.

Pero el franco rostro de Ubaldo conservó una absoluta despreocupación.

El Dux, seguido de sus familiares, se fue a la proa y el ceremonial terminó, mezclándose los grupos y elevándose el rumor de las conversaciones. Las Patrias se reunieron alrededor de la rubia Dogaresa, y ésta, graciosamente, ordenó a Ubaldo que se sentara a sus pies.

Orden que fue muy del agrado del joven, que prefería mucho más conversar con las damas, que charlar con los hombres acerca de los turcos y de la peste.

La Dogaresa, de humor indiscreto y burlón, se propuso obtener una confesión de Ubaldo.

—Lejos de mí—empezó a decir, con una sonrisa maliciosa—el pensamiento de rebajar en ningún modo vuestro mérito o de aminorar vuestro heroísmo, pero como estas nobles damas y yo misma tenemos demasiado interés en no perder nuestra fama de seducción sobre los hombres valerosos y, por lo tanto, con mucha más razón sobre un hombre tal como vos, quisiéramos saber en qué parte, por modesta que sea, hemos intervenido en vuestras hazañas. Sin ofenderos, Ser Ziani, vuestra existencia, llena de mil caprichos raros e imprevistos, no daba a pensar que alcanzaríais tal grandeza de alma. Hemos supuesto, pues, que una tan bella conversión no ha podido nacer más que inspirada por una fuerte pasión.

Todas las damas asintieron sonrientes, prosiguió la Dogaresa:

—Experimentada por vos tal pasión, no puede ser más que sublime. Por lo tanto, jurando conservar un riguroso secreto, os rogamos si no va contra el honor, nos digáis cuál es la feliz y muy envidiada dama por la cual acabáis de realizar estas prodigiosas hazañas. Y de todo ello resultará una insigne gloria, no sólo para nosotras todas, que, siendo jóvenes y bellas, experimentamos gran orgullo y placer en comprobar el triunfo que recompensa a los hombres impulsados por el amor.

Ubaldo no experimentó la menor confusión ante aquella curiosidad, y, sonriendo a su vez con malicia, replicó, alegremente:

—Vuestra sutileza no os engaña, muy noble señora. Y por esto

mismo me es imposible ocultar que una mujer está, en efecto, mezclada en mi historia. No la puedo nombrar ahora, no porque el honor me lo vede, sino por la excelente y sencilla razón de que ignoro cómo se llama.

Rieron todas muy intrigadas, y siguió él:

—Los deseos de Vuestra Gracia serán pronto satisfechos, ya que Venecia, la radiante isla que surge como Venus de la espuma de las olas, yergue su palacio de oro sonrosado en los azules estremecimientos del aire. Advertida de mi llegada por el rumor que circula sin duda alguna en estos instantes por las calles, la mujer que fué mi acicate y mi único pensamiento durante los días de prueba, me proporcionará seguramente la dicha de venir al puerto para darme la bienvenida, y allí, noble Dogaresa, y vosotras, deliciosas damas, podréis contemplar a placer a mi inspiradora, porque como caballero cortés y galante que soy, no quiero faltar al grato deber de besarle la mano, en humilde y agradecido homenaje.

Estas frases excitaron todavía más la ardiente curiosidad de las patricias.

La agitación habitual del desembarco fué mayor, y la Dogaresa tuvo cuidado de que Ubaldo Ziani ocupara con ella la góndola que se aproximaba al “Bucentauro”, por temor de no ver cuál era la dama que el héroe iba a saludar.

En los muelles se apiñaba la muchedumbre de tal forma, que apenas abordó la góndola ducal fue preciso que los heraldos de armas y los guardias hicieran brutalmente uso de sus picas alabardas y partesanas para abrir paso entre el populacho.

Ubaldo gozaba del gran favor de ofrecer su puño para que en él se apoyara la rubia Dogaresa. No cesaba ella de buscar con la mirada la desconocida dama.

Su corte de damas, intrigadas también y olvidando la etiqueta, la seguían tan de cerca que alguna de ellas pisaba la cola del manto de Su Señoría para nada perder del próximo encuentro.

El cortejo atravesó las calles, y llegaban ya a las arcadas de Palacio sin que Ubaldo hubiera hecho el menor gesto de saludo. Escrutaba desesperadamente los rostros de la muchedumbre sin reconocer el deseado semblante. Y ya la Dogaresa; enojada por creerse objeto de una broma, se vengaba con sarcasmos referentes a la pereza e indiferencia de la bella ausente...

Y, de pronto, entre un grupo de pobres andrajosos que varios guardias contenían con rudeza, Ubaldo, por el estremecimiento instintivo de su ser, por la caricia mágica, vaga y deliciosa en que se sintió repentinamente envuelto, vió, o más bien adivinó, a la

anciana mendiga de azules ojos eternamente jóvenes.

Dió un paso adelante y apartó a los guardias. Y la rubia Dogaresa, al igual que sus damas, creyó desvanecerse de pasmo y sobrecogimiento al ver que ante la escolta detenida y la muchedumbre estupefacta, el muy noble y poderoso señor Ubaldo Ziani se destocaba, y, colocando una rodilla en tierra ante una mendiga de blancos cabellos, inclinaba la cabeza.

Ubaldo cogió la diestra arrugada que aquella mujer, arrebolada de confusión, trataba de esconder, y respetuosamente posó en ella sus labios, como si hubiese querido condensar todo el fervor y la gratitud de su corazón en aquel único beso.

Y, levantándose, volvióse hacia la Dogaresa, y, sin énfasis, pero con voz alta y firme, exclamó:

—¡Cuánto bien en toda mi vida he hecho, lo he hecho por esta mujer!

La. anciana intentó huir, perderse, desaparecer..., pero Ziani la retuvo por la mano, y, dirigiéndose a ella, absorbiendo en la confianza infinita de la mirada de aquella anciana la infinita confianza de su propia mirada, añadió, con voz alegre y acariciante:

—Deja reír a todos éstos, que no pueden comprendernos, y que Dios te bendiga, querida y cariñosa anciana, por haber sabido leer en el fondo de mi alma con los ojos de tu alma, y haber pronunciado la palabra de piedad, de esperanza y de fe que me ha guiado en las tinieblas de mi propio ser y me ha resucitado de la tumba de mi egoísmo.

Aquellas palabras parecieron al Dux, a la rubia Dogaresa, a las bellas patricias, al cortejo y a la muchedumbre, una broma tan extravagante, que por los ámbitos del Palacio, de la Plaza de San Marcos, de los muelles y de Venecia entera, una inmensa carcajada estalló.

Ubaldo Ziani volvió a besar la mano de la anciana, y, antes de que nadie pudiera darse cuente, desapareció.

Y el recuerdo de aquella aventura fue considerado como uno de los caprichos más alegres e imprevistos del extraño señor Ubaldo Ziani.

* * *

—Madre, sólo Ubaldo Ziani me devolvería el deseo de vivir, y tú, poderosa como eres, puedes conseguir que la mirada de Ubaldo me devuelva la confianza en el bien.

—Sí, hija mía. Un día vendrá Ubaldo Ziani.

Se fué Lutezia della Sabbia, perdida toda esperanza. Y al

amanecer siguiente, sentada en la gran terraza del castillo que dominaba aldea y mar, contempló como por el empinado sendero ascendían los dos juglares que la noche anterior, por unos instantes, habían conseguido que ella esbozara una sonrisa.

Y más allá, al final del sendero, vió en la playa a Cosme Biondelo y sus soldados escoltar a un individuo de marcial apostura que acababa de desembarcar de una lancha procedente del velero que se mantenía al pairo a media milla de la playa.

Pero su mirada se detuvo con mayor atención en la diminuía figura de Inocentina, que constituía para ella una preocupación por el amor que sabía experimentaba su hijo hacia la que injustamente era acusada de brujería, y un remordimiento...

Remordimiento que empezó cierta noche tormentosa, dieciséis años antes...

Capítulo X

LA JUSTICIA DE LUTEZIA DELTA SABBIA

Al aparecer en la terraza soleada donde aguardaba Lutezia, saludaron Luys Gallardo y Bruyant, mientras los dos pajes armados, que hasta allá les habían acompañado, permanecían apoyados en las guardias de sus largos estoques, a ambos lados del sillón ocupado por la dueña y señora del castillo y aldea.

—Cumplidos y puntuales sois, juglares. Os vi tomar el sendero, pero no veníais de la aldea.

—Dormimos a la intemperie, como te dijimos, mi dama, que raudal de inspiración y dulces sueños hallamos en la noche libre de vecindades enojosas y prosaicas.

—Me place tu zumba porque no es descarada, trovador. Si pronta respuesta tienes para todo, dime: ¿conoces a una vagabunda solitaria que tiene por apodo el de Inocentina?

—La conozco, y si nos viste en el sendero, mi dama, nos verías con ella conversar.

—¿Y de qué hablabais, si no lo consideras indiscreción ?

—Referente a un marino que llegó al alba, y que, siguiendo el mismo camino, nos adelantó misteriosamente sin que lo viéramos.

—Mi maestre de armas lo escolta por distinto camino al que vosotros empleasteis para entrar. Y siendo ellos los postreros, antes han llegado, pero costumbre es, mientras no demuestren intenciones hostiles, que los forasteros reciban en la sala de armas colación de bienvenida, antes de ser recibidos por mí.

—Entonces, ¿nosotros no tenemos colación de bienvenida?— preguntó Brayant.

—Os conocí anoche, y, como erais esperados, os condujeron directamente a mi presencia. Dime, trovador Luys: ¿ eres hombre que muchos senderos ha recorrido?

—Bastantes, mi dama.

—¿Conociste en alguno de ellos a noble señor famoso llamado Ubaldo Ziani, el veneciano?

—Nunca oí de él.

—Los que relaciones escriben, ¿se valen sólo de su imaginación o se sirven de hechos reales?

—Creo que de todo habrá en el gremio de los plumíferos. Adornarán con la imaginación, o, si les basta el interés de hechos que hayan vivido o precensiado, limitaranse a adornar los conceptos sin variar mucho el fondo de lo sucedido.

—Sagaces son tus razones. ¿Y qué quería saber Inocentina ?

—Huérfana y sin calor de cariño, cándida y virginal, cree que puede hallar en algún forastero el brazo fuerte que precisa.

Una luz de recelo anidó en las negrísimas pupilas de Lutezia.

—¿Y por qué precisa un brazo fuerte?

—Viuda eres, mi dama, y aunque gobiernes con fortaleza..., ¿alguna que otra noche no echas de menos la viril protección de un hombre que por derecho propio pueda aconsejarte en instantes de natural debilidad femenina?

—¿Supones tú, trovador Luys, que las mujeres necesitamos del hombre para gobernar?

—No dije tanto. Pero sí es cierto que lo necesitáis para amar.

A esta réplica del trovador, Bruyanl rió, regocijado.

Lutezia della Sabbia hizo un gesto señalando los resaltes de mármol que a modo de escabeles estaban a todo lo largo y a media altura en la balaustrada de la terraza.

—Sentaos, y como aun no sois mis juglares, callad mientras hablo con el marino. Oigo los pasos de la escolta.

Luys Gallardo y Bruyant se acomodaron no muy distantes del lugar donde Lutezia semejaba la encarnación de Minerva reinando.

Adonais Mirkopoulos, atlético, arrogante como un dios del Olimpo, con natural elegancia aun en sus sencillas ropas de marinero pescador, avanzó y, doblando una rodilla, inclinó la cabeza aureolada de rizos rebeldes ante el sillón ocupado por Lutezia.

—Bienvenido, forastero. Soy Lutezia della Sabbia, que, por viudez, manda en esta comarca, donde vuestro velero ha anclado.

—Adonais Mirkopoulos me llamo, Alteza. Y capitaneo modesto bajel de pescadores de esponjas.

—¿Sois griego?

—De Chipre, Alteza, pero mis navegaciones por costas italianas me dieron el privilegio de paladear la ambrosía de vuestro idioma.

Lutezia della Sabbia meditaba... Griego era el capitán del “Dafné” que dieciséis años antes naufragara por tormentosa noche...

Adonais Mirkopoulos tenía un semblante noble y risueño. Era joven y apuesto... Un adolescente, casi un niño..., cuando el capitán, Heleno de Mitiléne, naufragó...

—Pobre es mi aldea, capitán Adonais, si es que, como muchos

de vuestros compatriotas, mercaderías pensáis vender.

—Pescador de esponjas soy, Alteza, y nada puedo vender ni comprar. Pero me fué dicho que por esta costa abundan lo que es mi tesoro: las esponjas. A la palabra “tesoro”, una súbita crispapión contrajo las manos que Lutezia mantenía entrelazadas en su regazo.

Nadie vió su sobresalto. Con voz firme, dijo:

—No sabía que hubiera esponjas en mi costa. Y, si las hay, su cosecha pertenece a los pescadores della Sabbia.

—Dispuesto estoy, Alteza, a pagar a los pescadores un diezmo, que vos misma podéis estipular, teniendo magnánima cuenta solamente de que soy un honesto pero no rico marinero.

Como solía, Lutezia varió la conversación. Era costumbre suya para sorprender mentiras o el carácter real de quien con ella hablaba y le era poco conocido.

—Mucho habéis navegado, dijisteis.

—Lo suficiente, Alteza, para considerarme afortunado al poder estar con vida delante de vos.

—¿Conocéis Venecia?

—Como a mi propio timón.

—¿Oísteis hablar del señor Ubaldo Ziani?

—¿Quién no, Alteza?

Inclinóse ella ansiosamente hacia delante. Antes que el tesoro, antes que Inocentina, antes que el viejo que iba convirtiéndose lentamente en esqueleto en una mazmorra del castillo, estaba para Lutezia la posible curación de su hija.

—¿Cuánto tiempo ha que le visteis?

—No le vi. Pero sé que estaba en Venecia, aunque nadie sabía dónde. Ya no vivía en su palacio, ni daba fiestas, ni frecuentaba los palacios del Dux y sus amistades. Muchos decían que por nueva extravagancia de su carácter adoptó por segunda madre a una anciana mendiga.

Varió de nuevo Lutezia su conversación.

—¿ Conocéis a una huérfana llamada Inocentina?

—Así apodan a quienes el mar arroja y de quienes se desconoce origen y padres. No conozco a ninguna Inocentina.

—La pesca de esponjas poco os producirá. Yo puedo daros misión más provechosa. Id a Venecia, y suplicad a Ser Ubaldo Ziani que atienda la súplica de una madre atribulada... Que si su bondad es como la pregona la fama y los escritos, que acuda a mi castillo... Vos, en vuestro velero, podéis prontamente, con viento favorable, ir en busca de Ubaldo Ziani, y... os prometo que si con él volvéis, e insistís en pescar esponjas en mi costa, os daré licencia y ningún

diezmo os exigiré, al contrario, recompensaré con largueza el viaje que os pido.

Adonais Mirkopoulos pensaba que el negarse le valdría la negativa de Lutezia, y que entonces, por la fuerza y con riesgos, debería intentar la busca del tesoro del “Dafné”.

Un tesoro bajo el agua , inviolable, esperándole...

Iba a replicar, cuando irrumpió apresuradamente un joven que, llegándose al sillón, besó la diestra de Lutezia, y vivamente, sin apartar la vista del griego, habló al oído de ella.

Adonais Mirkopoulos empezó a sentirse inquieto.

Lutezia alzó el rostro, y sus negros ojos parecieron taladrar al griego.

Giancarlo enderezóse, amenazador...

—Os presento a mi hijo, el príncipe Giancarlo, capitán... Decidme: ¿estuvisteis nunca antes por aquí?

—Es mi primer viaje a la isla siciliana, Alteza.

¿No habéis... no habéis nunca oído hablar de la princesita Lucinda?

—Nunca, Alteza.

—¡Mientes, felón!—gritó Giancarlo.

Su madre le contuvo por el hombro. Adonais Mirkopoulos rió:

—Libre es un príncipe de llamarme mentiroso y felón cuando sus razones tendrá. Yo no engaño a nadie, y afirmo que nunca estuve aquí, ni en esta isla.

Lutezia miró los blancos dientes del griego restallantes en su rubia barba. Su arrogante apostura y su estatuario semblante.

—Hace cierto tiempo, un capitán aventurero, desconocido de todos nosotros, hermoso y audaz, escaló un torreón de mi castillo. Huyó cometiendo felonía y mancilló mi honor. Mi hijo acaba de decirme que os han reconocido como a tal capitán...

—Alteza, yo no engaño nunca a nadie. Pensad que si hubiera cometido felonía, muy imprudente sería viniendo aquí solo y fingiendo ser quien no soy.

La veracidad alentaba en los gestos y el semblante del griego.

Lutezia dijo, casi en un susurro:

—Mi hija os ha visto. Es la princesa Lucinda... Os ha reconocido... No podéis negar...

—Lamento desmentir a una princesa, Alteza, pero nunca tuve el honor de verla a ella, ni soy hombre que escale torreones, ni cometa felonías de esta clase ni de otra.

Cosme Biondelo, que se mantenía con cuatro soldados tras del griego, dió unos pasos...

Lutezia hizo un ademán imperativo, conteniéndole.

—Soy justiciera, capitán. Si ha sido alucinación de mi hija, perdonad. Pero si…, con atrevimiento inaúdito, aquí llegasteis fingiéndoos pescador, y sabiendo que nadie, salvo mi pobre hija, os conoce, no habrá suficientes torturas para vengar la afrenta…

¡Giancarlo! Acompaña hasta aquí a tu hermana.

Alejóse el joven. Lutezia miró al trovador y a Bruyant.

—No es ningún secreto, juglares. Y quiero que testigos seáis de que soy justiciera.

Temblando, sostenida por su hermano, hizo su aparición Lucinda della Sabbia.

Seguía Adonais Mirkopoulos de espaldas… Lucinda llegó hasta su lado…

Musitaba incoherencias. Adonais saludó respetuosamente.

Y, cubriéndose el rostro con las manos, exclamó ella:

—¡No es mi verdugo! Sus ojos eran pardos y mentirosos… Y tenía hebras de plata en las sienes…

Suavemente, Giancarlo fué conduciéndola lejos de allí. No tardó en regresar, e, inclinándose secamente ante el griego, dijo:

—Os presento mis excusas, señor.

Adonais Mirkopoulos hizo una reverencia.

—Justas eran vuestras palabras cuando, creyéndome otro, no hicisteis más que dar rienda suelta a vuestro enojo familiar, príncipe.

Lutezia volvió a meditar en Inocentina, la hija del capitán Heleno, y en el “Dafné”.

—Cuanto antes partáis para Venecia, capitán, antes sacaréis del mar las esponjas que, buscáis. Tened en cuenta que si de nave dispusiera, no os importunaría con mi petición.

—Vuestro servidor, Alteza. Pero ¿y si Ser Ubaldo Ziani no accediera a venir o estuviera ausente?

—Como precio a vuestra libertad en recorrer mi costa, esto os pido. Que con él regreséis. Vuestra nave surcará pronto la distancia, y tendréis mi bienvenida… cuando con Ubaldo Ziani aquí os presentéis, capitán.

Y el gesto de Lutezia dió a entender que la entrevista había terminado.

Adonais Mirkopoulos era cauto, y no quería despertar sospechas. Saludó profundamente…

Y, esta vez sin escolta, abandonó el castillo.

Cosme Biondelo avanzó al irse el griego.

—Piden audiencia Tulio el herrero y su hija Lena, mi señora.

—Tempraneros son. Introducid.

Marchóse el maestre de armas. Bruyant guiñó hacia el trovador, y murmuró:

—¿A que la justiciera Lutezia me obliga a casarme con mi novia de una noche que por despecho lo fué?

Tulio, un cincuentón corpulento, penetró en la terraza. Tras él iba Lena, llorosa y enlutada.

—Buenos días, Tulio. Llora tu hija, y tu semblante es trágico. Cuéntame tus cuitas, sin temor. Mi justicia nunca a sabiendas perjudica a quien con la verdad viene.

—¡Tomasino ha muerto, princesa!

Bruyant respingó, escuchando con atención súbita.

¿Habría él propinado excesiva paliza al forjador? Pero había sido en lucha, si no muy leal, libre y aceptando reto.

—Gozaba de buena salud anoche, Tulio, aunque estuviera algo magullado por reciente pelea con el juglar que nos escucha. Si ha muerto de resultas de algún golpe que internamente le causó sangría, azar de los pendencieros es morir peleando, y no pidas justicia contra el juglar, porque también él, que ahora vivo está, pudo morir, y no por eso castigo hubiera yo dado a Tomasino.

—¡Bravo!—aprobó, satisfecho, Bruyant—. Perdonad, gran reina, pero sois justa a la par que imponente.

—Silencio, juglar, mientras no te pida descaros ni halagos. Me has oído, Tulio.

—Tomasino murió envenenado, princesa.

—¡Cómo! ¿Quién...?

—Mi hija... le envenenó... inconscientemente... Le dió filtro de amor, que le proporcionó Inocentina, la maldita bruja... De ahí la aflicción de mi hija...

¡Pido justicia y que sea quemada en hoguera pública, o lapidada a piedras la que mató al más fuerte de la aldea, y que iba a ser mi futuro yerno! ¡Ella dio veneno a quien filtro de amor pedía!

—Modera tu excitación, Tulio. Y puesto que Inocentina ronda mi castillo, id por ella, maestre Biondelo. Que comparezca.

Capítulo XI

EL ENCUENTRO

Adonais Mirkopoulos descendía la explanada de piedras, habiendo atravesado ya el puente de entrada al castillo, cuando se detuvo en el recodo inicial del sendero.

Ante él hallábase la delicada muchacha de sinuosa sonrisa, que antes habíale seguido mirándole como alelada…

Musitó Inocentina:

—Vos sois el que a bordo de aquel velero hoy arribasteis a estas playas.

—Sí—dijo, perplejo, Adonais.

Recordando los consejos del trovador, pesaba ella sus palabras.

—¿Os molesta que os hable?

—No, porque eres linda y dulce. ¿Cuál es tu nombre?

—No lo tengo.

—La brisa tiene nombre y también la rosa.

—Me llaman Inocentina.

Adonais Mirkopoulos recordó de pronto las frases de Lutezia concernientes a la… náufraga…

—¿Y no sabes quiénes fueron tus padres ni de dónde procedes?

Era luz de apasionado amor la que iluminaba el semblante de Inocentina, pero Adonais pensaba sólo en el tesoro del “Dafné”.

—Dicen… que un viejo pescador me recogió…, y que al yo tener seis años desapareció súbitamente sin que nadie supiera si se había ahogado, o partió muy lejos, un buen pescador llamado Giulio…, que vióse una nave con ojos pintados en la proa… cuando por la misma noche estalló la tormenta…

Adonais Mirkopoulos pasóse la lengua por los resecos labios.

Sólo las naves griegas que a la piratería se dedicaban, tales como la del capitán Heleno de Mitiléne, tenían ojos pintados en la proa para significar que acechaban constantemente presa y enemigo.

—¿Qué tiempo hace de esta noche tormentosa?

—Muy niña era yo… Hace unos dieciséis años…

—Mírame, Inocentina… ¿Tengo rostro de mentiroso?

—¡Oh, no, señor!

—¿Confías en mí?

—Plenamente, señor.

—Estás sola... ¿Quieres viajar conmigo?

—Sí...—murmuró fervientemente ella.

—Ven, entonces... Yo soy griego, y me llamo Adonais. Capitán Adonais Mirkopoulos.

Echó él a andar con larga zancada, y a su ancha mano nervuda se asió infantilmente Inocentina.

Y súbitamente, en griego, dijo él:

—La dueña del castillo me obliga a emprender viaje si quiero conseguir permiso para pescar mi tesoro en el mar.

—Tesoro... — replicó ella instantáneamente, en griego, cerrando los ojos, evocando...—. Mar, olas... y muchas noches de pesadilla en las que el viejo Giulio me mecía..., hasta que se fué... y sola me dejó... Sois de mi raza, capitán Adonais.

—Sí, Inocentina—afirmó, brillantes los ojos, Adonaís—. Vamos de prisa. Te llevaré conmigo lejos...

—Esto he soñado siempre, capitán Adonais... Y el hombre que me venía a despertar de mi desamor era como vos, y sus ojos reían bondadosos y eran color del alga del mar...

Unos cascos de caballo repicaron a espaldas de los dos. Cosme Biondelo apareció al frente de cuatro soldados.

—¡Inocentina!—llamó..... Mi señora te ordena

vengas conmigo.

—No puedo...—dijo ella, infantilmente.

—¡Obedece, Inocentina!

—¿Vos... me esperaréis, capitán Adonais?

—Sí, Inocentina. No zarparé hasta que no subas a mi bordo.

Cosme Biondelo frunció el ceño, pero Inocentina, ayudada por un soldado seguramente libre de supersticiones, se encaramaba a la grupa.

Y al galope partieron, mientras, con la mano, Inocentina hacía señas a Adonais Mirkopoulos de que aguardase...

El griego partió apresuradamente, y poco después, a bordo del velero, y ante la expectación de todos, rió sonoramente.

—La fortuna nos es propicia. Pero, por ser grande y fácil, nos presenta una dificultad. Brevemente: debemos ir a Venecia, y, al regreso, tendremos libre permiso de pescar. Capricho de la dueña del castillo y del litoral. Pero todavía no zarpamos, ni todavía es seguro si iremos a Venecia, hasta que no haya meditado en compañía de mi amigo el anciano Gregor. Ven, anciano Gregor, que quiero contarte cosas muy curiosas.

Capítulo XII

LICENCIAS DE JUGLAR

Al irse Cosme Biondelo, y quedar Lena abrazada a su padre, semejando la viva imagen de la aflicción, Bruyant Lartiguers levantóse de su asiento, y, alzando una mano, vino a inclinarse ante el sillón ocupado por Lutezia.

—Licencia pido para hablar, reina, aprovechando este clarito donde meter baza.

—La benevolencia con que contáis los juglares entre las damas, no te haga perder el seso, gascón. Osadías a destiempo no pienso consentírtelas...

—Ni yo tomarlas, reina.

—Princesa o señora. ¿A qué te has alzado?... ¿Para qué pides licencia y de qué quieres hablar?

—Ardua materia, Magnífica. Acabo de oír lanzar una acusación contra Inocentina, y me repugna tanto el oírla acusar como el tener que revelar ciertas cosas. Pero, como decía mi abuelo, un hombre galante sería un idiota si por galantería se tragara la lengua cuando llega el momento de hablar claro.

—Pareces querer defender a Inocentina.

—Exacto.

—¿Qué afán te mueve? ¿Te embrujó?

—Sólo embrujan los ojos gachones, los labios insinuantes, los... En fin, abreviando: de ayer sólo conozco a Inocentina, y sí ella es bruja, yo soy el mago Merlín.

—Pronto es para que desempeñes tu función de gracioso. Aun no he requerido tales servicios.

—No soy gracioso por profesión, soberbia. Anoche... Lena me invitó a hacer rabiar a su Tomasino, que en paz se vea, o que de ayuda sirva en las forjas de Satán. Yo, como hombre vulgar que soy, sin letras ni finura, no me detengo en consideraciones caballerescas... Perdonad, señor Tulio, pero me temo que os disgustará lo que vais a oír... Mas creo que la vida o el peligro que pueda correr una inocente, bien vale que una gazmoña mentirosilla...

—¡Deten la lengua, juglar!—gritó Tulio.

—Habla, juglar—invitó Lutezia—. Y ten presente, Tulio, que aquí sólo mi voz ordena.

Relató minuciosamente Bruyant lo que la noche anterior aconteció, demostrando que Lena odiaba ya a Tomasino...

—...Que perdonado me sea el comportarme como un rufián chivato, pero ella dijo que, al igual que sintió gran amor por Tomasino, ahora, al él jurar que nunca se casaría, ella le odiaba...

—Palabras de mujer enamorada nada significan —atajó Lutezia —. Más bien por el mismo amor, creo que Lena, dió confiadamente el filtro a Tomasino. Retírate, juglar, que luego tiempo tendrás de contar nuevas aventuras de amor, alardeando de tus fortunas, cosa que no es propia de caballeros.

—Yo caballero soy cuando a lomos de jamelgo monto, reinaza. Y si hablé fué porque Inocentina...

—¡Obedece, juglar!—gritó ella.

Bruyant fué a sentarse junto a Luys Gallardo. Murmuró:

—Me está ya cargando esta matrona. ¿Cuándo empezamos a repartir, don Luys? Porque espero que tú, como yo, estarás dispuesto a no consentir que a la pobrecilla la metan en jaula, ¿verdad?

Luys Gallardo, sonriente, limitóse a asentir mudamente.

Inocentina, radiando felicidad, penetró en la terraza, y respetuosamente saludó ante el sillón de Lutezia.

—Hola, Inocentina. ¿Diste filtro de amor a Lena, la hija del herrero Tubo?

—Si, mi señora.

—¿Es cierto que Tomasino te requería de amores?...

—Nunca me habló, aunque mucho me rondaba..

—Tomasino ha muerto esta noche.

—Fuerte como era, poco podría nadie creer, de no decirlo vos, que Tomasino murió.

—Envenenado... ¡Con tu filtro!

La remota sonrisa, ambigua, lejana, reapareció en los labios de Inocentina.

Dijo, con sencillez:

—Mis filtros son agua de mar, y así lo vió con sus ojos Lena, porque mi mano recogió agua de mar y en su frasquito la eché...

—¡Mientes!—gritó Lena.

—¡Cállese la viborilla!—gritó Bruyant—. ¡Ea, harto estoy de sandeces! Administra justicia como presumes dignamente, gran señora.

—¿Por qué una mujer enamorada iba a envenenar a su amor?

¡Maestre, conducid a las mazmorras a la bruja Inocentina!...

Luys Gallardo adelantóse al maestre de armas, impidiéndole el paso, y, sonriente, indicó:

—Por trovador, licencia tengo, señora, de decirte que, a mi juicio, apresuras el tuyo.

—¿Qué quieres decir?

—Que tu juicio es tal vez inconscientemente injusto. ¿Has preguntado cuándo Lena le dió el filtro a Tomasino? Porque muy recio estaba él peleando, y muy lento habría de ser, por tanto, el veneno del filtro...

—¡Silencio!...—exclamó Lutezia, irguiéndose—.¡Cosme Bíondelo! ¡Apresad a Inocentina, y lleváosla! ¡Soldados, armad las ballestas! ¡Atravesad a estos juglares si cometen la osadía de volver a interrumpir u oponerse a mis decisiones!

Luys Gallardo enlazó por los hombros al gascón.

—Quietud, razonamientos y calma, Bruyant...

Siempre hay tiempo para pelear—dijo, en francés. Y en italiano, añadió: —Tan sólo, señora, quise contribuir a tus decisiones.

Cosme Biondelo había ya desaparecido, acallando con su manaza los lamentos de Inocentina y llevándola a rastras...

Lena ocultó de nuevo el rostro, donde los ojos irradiaban rencor satisfecho, en el hombro de su padre.

—Podéis iros, buena gente. Y la sentencia que contra Inocentina dicte la sabréis prontamente.

Marcháronse los dos, y Luys Gallardo alzó su diestra:

—¿Puedo hablar, señora?

—Tu sagacidad puede serme útil. Habla.

—¿Con toda sinceridad?

—¿Qué otra cosa pido en un juglar?

—Entonces, permíteme que te afirme que tú, por razones que ignoro, tienes temor o rencor contra Inocentina.

Descubierta, Lutezia della Sabbia sonrió por vez primera.

—¡Loco juglar!... ¿Quién es Inocentina para inspirarme temor? ¿Y cómo yo, dueña y señora, iba a tenerle rencor a una mísera que vive en mis dominios porque mi caridad lo consiente?

Luys Gallardo miraba siempre risueño a la siciliana. Y ésta sintióse extrañamente enojada...

—Al llegar, trajisteis con vosotros la reyerta y el atrevimiento. ¿Creéis que mi benevolencia no tiene límites? Idos... y pronto. Juro por mi santo patrón que si al anochecer no estáis fuera de mis dominios, donde estéis seréis apresados, y colgaréis de mis almenas. ¡Idos!

—De ida y vuelta—susurró en francés, inclinándose, Bruyant. Y en italiano, añadió: —Obedecemos como gusanos aplastados por tu soberana voluntad, majestad.

Y de nuevo en francés, agregó:

—Me corto una oreja si antes del anochecer o mientras la noche reine, no sabes, gran tirana, lo que valen un español y un gascón reunidos.

Luys Gallardo, siempre risueño, saludó también, en silencio. Y seguía mirando de forma que Lutezia della Sabbia ignoraba si era atracción o temor lo que le producían los negros ojos acariciantes y que parecían adivinar…

PRÓXIMO EPISODIO:

“TESOROS”